

La Ilustración Artística

BIENOTECNA
MUNICIPAL
MADRID

AÑO XV

← BARCELONA 6 DE ABRIL DE 1896 →

Núm. 745



JOVEN EN LA VENTANA,

quadro de Rembrandt que se conserva en la Galeria Dulwich de Londres

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de una preciosa novela de la ilustre escritora Doña Emilia Pardo Bazán, titulada *El Ancora* y escrita expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Irá ilustrada con dibujos del reputado artista Sr. Cabrinety.

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *El primer Salón de París*, por R. Balsa de la Vega. — *La guerra en el Africa Oriental*, por X. — *Cogerse los dedos*, por P. Gómez Candela. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea* con noticias referentes á *Bellas Artes, Teatros y Necrología.* — *Problema de ajedrez.* — *En busca de un ideal*, novela original de Juana Mairet, con ilustraciones de Marchetti, traducción de E. L. Verneuil (conclusión).

Grabados. — *Joven en la ventana*, cuadro de Rembrandt que se conserva en la Galería Dulwich de Londres. — *Luis XIV.* — *J. B. Colbert.* — *Obras notables del arte contemporáneo.* *Mañana de invierno*, cuadro de L. Munthe, grabado por Bong. — *Obras notables del arte español contemporáneo.* *La procesión del Corpus en Asís*, cuadro de José Benlliure (Exposición Internacional de Munich. 1895). — *Un nubio* (de una fotografía). — *Cuchillo y palo arrojado* de Nubia (Museo Municipal de Francfort en el Mein). — *Una espada nubia* (de hoja de Solingen) con vaina y colgantes (Museo para Etnografía, Berlín). — *Campana que usan las caravanas de Kordofán* (*Christy collection*, Londres). — *Casco nubio* (Museo Municipal de Francfort en el Mein). — *Escudos de Kordofán* (Museo Municipal de Francfort en el Mein). — *Triste recuerdo*, cuadro de J. M. Strudwich, reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín. — *Por la humanidad, por la patria*, cuadro de J. J. Weerts. — *Tapa del libro regalado al alcalde de Barcelona D. José María Rius y Badía* y costeado por suscripción popular. — *Lago de Piediluco*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La Semana Santa. — Recuerdos y esperanzas. — El cristianismo y la democracia. — El cántico de Moisés. — La Tierra Santa. — Nuestra vida y muerte ligadas con Jerusalén. — Reflexiones. — Conclusión.

I

Nunca se borrarán del recuerdo mío las impresiones en él dejadas por los días de Semana Santa. La palma, olivo, romero del Domingo de Ramos, en la iglesia de mi pueblo, al cimbrarse las unas, de áureos esmaltes, por lo alto, y extenderse las verdinegras hojas de los otros por el suelo, evocando la entrada de Cristo en Jerusalén, mostraban á la niñez nuestra ya la vanidad de los triunfos terrenales y nos decían cuán próximo se halla el cielo azul de las glorias vanas al océano insondable de los dolores eternos. Viendo á Cristo un día vencedor, caballero sobre su asnillo, con los nimbos que le descubría nuestra fe, bajo bóvedas de palmas y sobre alfombras de olivos, aprendíamos por anticipación de nuestros presentimientos cómo pasa el favor de un pueblo, dispuesto siempre á coronar gozoso y alegre hoy al mismo que crucificará irritado al día siguiente. Después del Domingo de Ramos no solíamos volver al templo hasta el Miércoles Santo por la tarde. Las lamentaciones de Jeremías, los versículos del misere, los fragores de las tinieblas, nos acostumbraban desde los comienzos de la infancia, en su crepúsculo matutino, á contemplar sin horror la muerte, considerándola como el puerto misterioso donde anclará por toda una eternidad la vida. Producíanme tanto efecto los fragores del terrible momento, que, aún hoy, al oír el estruendo de las tinieblas en el oscuro templo, donde todas las luces vanse á una extinguendo, y sólo entra por las altas claraboyas el último crepúsculo de una tarde moribunda, paréceme hallarme como encerrado en obscurísimo túmulo, sobre cuya tapa se desploman las esferas de arriba y bajo cuyos pies se abren los abismos de abajo. Todo cambia el día de Jueves Santo. Parece la iglesia de tal mañana contraria por completo á la iglesia de los días anteriores. El color blanco sucede al color morado; las cruces, vestidas de obscuro, como viudas, sobre los altares, tristes, cual sarcófagos de momias, se ciñen de sedas albas, como vírgenes, sobre los altares, adornados cual aras de boda; el centelleo de las velas y de las lámparas reanima el templo, en cuyos retablos suceden velos nupciales á fúnebres sudarios; repican las campanas á gloria en lo alto de

las torres, y llenan las trompetas de los órganos el aire de la iglesia; los sacerdotes, vestidos con sus dalmáticas y capas pluviales de fiesta, levantan los cálices de oro á un cielo de regocijos entre celestiales nubes azules despedidas por los incensarios y sacros himnos elevados por los coros: indefinible alegría espiritual, originada en la conmemoración de aquella cena, donde nuestro Redentor, al despedirse de su apostolado, transfundió el espíritu divino suyo en nuestras venas carnales y nos dió con su verbo, más generador y más fecundo que aquel soplo á cuyo aliento se levantó Adán en el Paraíso, un alma completamente manumitida del yugo de la materia, un alma dispuesta con su libertad interior á fundar aquí la justicia, y digna de poseer por sus virtudes y por sus ideas en otro mundo mejor la eterna bienaventuranza. Pero si la mañana del jueves todo es alegría, la tarde todo es luto. ¡Cuál emoción, al entrar en los oficios vespertinos, y observar el tenebrario con sus candelas amarillas, el velo morado repuesto ante los retablos del altar desnudo, la puerta del sagrario como violentada y los espacios de éste como vacíos, el treno presentándonos á Jerusalén desolada y lamentosa, con sus rías que lloran, sus sacerdotes que gimen, sus vírgenes que pasan escuálidas y semejantes á sombras venidas del sepulcro, sus piedras que laten como corazones atribulados y heridos, sus templos que se caen, sus muertos que se levantan; y ella pidiendo á Dios misericordia entre cilicios y cenizas, bajo las sombras fúnebres de una eterna y luctuosa noche. Todas las religiones habían sido hasta el cristianismo religiones donde se divinizaba la fuerza con sus privilegios y se rendían parias al combate y al triunfo con sus excesos. Nuestro Dios únicamente ha levantado sus manos para bendecir, ha tenido corazón para querer, ha predicado el olvido de las injurias y el amor á nuestros enemigos, ha bebido la hiel y vinagre de todas nuestras amarguras, ha muerto, siendo la creación y la vida, por emanciparnos y por redimirnos á todos. Así, el Viernes Santo, entre las tristezas de una desolación horrible, cuando sólo hay espacio para pensar en el trance último de cada mortal, sobre losas de sepulcros, ante paños de luto, el órgano y el campanario mudos, extintas las lámparas, desnuda la Cruz, María solitaria ó con su hijo yerto entre los brazos, el celebrante de la misa reza en cántico llano y pañidero, por todos los nacidos, por los judíos que crucificaron al Salvador, por los herejes que huyeron de la iglesia, por los idólatras que aún están ciegos del alma, por los paganos que no han podido abandonar sus errores, por cuantos yerran, cumpliendo así las máximas del Sermón de la Montaña, con el fin de que las ergástulas se abran, los tormentos y patíbulos se cierren, las cadenas se rompan, los esclavos con los muertos resuciten, y el amor á Cristo, así en su divinidad como en su humanidad, una, dentro de la paz universal, todas las razas, impelidas por su redención á realizar el reino de Dios y su justicia sobre la faz del planeta. Es indudable que toda nuestra religión respira libertad y república, desde los cánticos del *Magnificat* de los Evangelios hasta el cántico de Moisés en la Biblia.

II

El cántico de Moisés, entonado en coro por los israelitas libres, demostraba que había un pueblo en aquel infinito desierto. El arte servía con sus inspiraciones intuitivas para llevar este pueblo donde la religión intentaba; es á saber, al reconocimiento de su interior unidad, demostrada por el Dios único, por la fe una, por el cantar unísono como los simones del desierto, y en coro cual conviene á la voz de todo un pueblo. Este combate de una raza oprimida con sus opresores; la decisión de abandonar un sitio delicioso en busca de otro estéril para entregarse á la libertad; el rompimiento y rota de los despotas por una idea superior en fuerza y vigor á ellos y á sus ejércitos; la constitución de un Estado que se funda por iniciativa de alta inteligencia y se mantiene por el sacerdocio espiritual de la palabra; estas fulgurantes explosiones del arte, subiendo en estrofas de versos maravillosísimos y en cadencias de música sublime á las alturas, enseñan una tan grande transformación del humano linaje, que bien puede llamarse otra la humanidad, libre allá en el desierto enteramente rendido al espíritu que lo puebla con sus ideas, y coronado por la estrella de su Dios, que la espiritualiza y agranda. Comparad el esfuerzo latente bajo todas impurezas de una turbia realidad histórica, que redime á Israel, con la servidumbre del troglodita primitivo, abrumado bajo el peso de la materia, juguete vil de la fuerza, y decidme luego si ha caminado la humanidad entera, saliendo desde la caverna del oso gigante, donde las raíces de su vida se confundían

con las raíces de toda la otra vida animal, hasta las cumbres del Sinaí altísimo, inundadas por el espíritu de Dios. Aquella tierra epiléptica, sobre cuyos estremecimientos no podíamos poner la planta, se ha trocado en este uniforme y sumiso desierto que podemos surcar á nuestro arbitrio; aquel monte, desgarrado por una tormenta interior, vomitando volcánicas erupciones de sus abiertas cimas y agitado por estruendo de terremotos en sus bases, truécase por la granítica, fría, inmóvil, serena montaña, que parece como una escalera de pórfido, cuyas gradas brindan una material ascensión á los cielos lejanos; aquella madriguera lacustre, donde reivindicaba el hombre prehistórico los estrechos espacios indispensables á su vida rudimentaria, en combate sin término y sin tregua con los elementos subvertidos y con las especies carniceras y encarnizadas, se ha trocado en la tienda clemente, bajo la cual se abriga familia unida por lazos espirituales y agrandada en el seno de Dios; pues una sociedad nueva, una sociedad libre, una sociedad progresiva nace al ideal encontrado en la conciencia humana, como esos nidos que se animan de vida y de aleteos y de amores y de cánticos al calor de la primavera. Comprended ahora por qué ha subsistido tanto tiempo el Dios revelado en los desiertos y conducido de región en región por los pobres nómadas pastores designados con los nombres de Abraham y de Jacob. Comprended por qué su tienda portátil, de blanco lino, ha superado los templos construídos con gigantescas moles de impenetrable pórfido. Comprended por qué las tablas sencillas de su moral se han levantado sobre todos los libros y sobre todas las ciencias. Comprended por qué hoy mismo celebramos aquella pascua, comemos en aquella cena, pedimos el pan con que se alimentaron los que comenzaban el éxodo santo, porque aquel Dios es el Dios de la libertad, y los himnos resonantes en las alturas del Horeb y del Sinaí la oda triunfal de la humana conciencia redimida y salvada de un cautiverio como el de Egipto y de un despotismo como el ejercido por los soberbios Faraones sobre las espaldas encorvadas de tantos pueblos siervos.

III

¡Ah! No hay tierra tan fecunda en ideas como la Tierra Santa. Estos tres desiertos de Arabia, de Egipto, de Judea, puede decirse que han dado las tres religiones fundamentales á los pueblos cultos de la moderna historia. El Sinaí de Moisés tiene á un lado la Meca del Islam y á otro lado la Jerusalén del Evangelio. Así como Grecia es la patria de la libertad y del arte, Judea es la patria de la religión y del dogma. Espectáculo maravilloso para un alma que sepa levantarse á las alturas de la historia y evocar el pensamiento de los siglos. Aquella Jerusalén, asentada en el desierto, adonde han bajado tantas veces los ángeles del cielo y adonde tantas veces han subido los pensamientos y las oraciones del hombre; circuida por sus vastos mares de arena, en que los rayos del sol rebotan; bajo las reverberaciones de un horizonte asiático, enrojecido por el sol como la bóveda de un horno de cal ardiente; entre sus guirnalda de nopales, semejantes á una corona de espinas; ostentando los muros fortísimos bruñidos por aquella luz, las rotondas de sus iglesias y de sus mezquitas, los alminares de sus palacios, el seco lecho de sus torrentes cuyas aguas se han mezclado con las lágrimas de los Profetas, la suave línea de sus colinas sembradas de olivos tan seculares como si fueran fósiles de la historia, Jerusalén es todavía, en su viudez y en su servidumbre, tendida sobre su estercolero, con su esqueleto fuera de su piel y profanado por las hienas de Tartaria, la ciudad del mundo que más holocaustos ha merecido al género humano y más confidencias á la divina verdad. Todos hemos llorado en las amargas aguas del mar Muerto, hemos bebido todas algunas gotas del torrente Cedrón; todos hemos prestado alguna vez nuestra voz al coro de sus sacerdotes, y alguna vez hemos repetido, con las manos plegadas y las rodillas en tierra, el eco de sus salmos. Todavía los acentos de su misere arrasan nuestros ojos de lágrimas, y los trenos de sus lamentaciones arrancan gemidos de dolor á nuestra garganta; los trances amargos de la vida llamámosles calles de amargura; el dolor eterno, á que nuestra contingencia y nuestra debilidad nos condenan, llamámosle crucifixión ó calvario; y cuando queremos pensar en la inmortalidad, recordamos que sólo en su valle de Josafat podremos revestir nuestra carne regenerada; y cuando soñamos con lo invisible y con lo eterno, ¡ah! nos fingimos una Jerusalén mística, poblada de ángeles y bendecida por profetas en los celajes y en los arreboles de lo infinito.

Madrid, 30 marzo de 1896.



EL PRIMER SALÓN DE PARÍS

9 de abril de 1667

Luis XIV, aconsejado por Colbert, expide un decreto ordenando la celebración de exposiciones bienales de pintura y escultura.

Cuentan los historiadores romanos, Plinio entre ellos, que en los días de Pericles especialmente, se celebraban en Grecia, en ocasión de fiestas como las de las Panateneas y de Apolo de Delfos y otras análogas, exposiciones públicas de obras de arte, que aquel pueblo, el más artista de todos los tiempos, juzgaba con gran sentido. Así que, desde Apeles a Fidias, las dos grandes figuras de la pintura y de la escultura griega, hasta las menos conocidas de las escuelas del Asia helena, sometían al juicio de la multitud, único jurado de tales certámenes, sus producciones, y de él recibían el premio por medio del aplauso y de la aclamación.

En Roma ciertos certámenes tuvieron un triple aspecto, pues servían para la educación estética del pueblo, para desarrollar el gusto por el lujo y para conservar en auge en las masas el sentimiento del poder omnímodo de la república primero, del imperio después. Este último aspecto fué el más importante, en un principio, de tales exhibiciones artísticas. Los generales que volvían vencedores encargaban á los artistas del pincel que pintasen los principales episodios de las campañas que vencieran, y en los pórticos de los templos y de las termas explicaban al pueblo congregado allí, con los cuadros á la vista, sus triunfos. Por otra parte, era costumbre que juntamente con las riquezas cogidas al enemigo figurasen en las entradas triunfales del ejército las estatuas, cuadros y demás obras de arte que casi siempre componían parte importantísima del botín de guerra. Depositábanse en el Capitolio, adonde iban los ciudadanos de la ciudad de Rómulo á admirarlas y á gloriarse con su vista. Ya alcanzado por el imperio todo su apogeo, algunos emperadores, como Agripa, exhortaron á los particulares á que hiciesen exhibiciones públicas de las obras de arte de que eran poseedores.

En la época en que los Médicis dominaban en Florencia como príncipes, en Roma, desde el solio pontificio, los grandes señores hacían ostentación públicamente de sus colecciones, y los más célebres artistas buscaban en el aplauso popular la consagración de sus talentos; conducta que siguió en Alemania, en Holanda y en Francia los Durero, Teniers, Rembrandt, Poussin y tantos otros artistas inmortales. Pero con todo esto, nunca se realizaron verdaderas exposiciones de pintura y escultura juntamente, en períodos determinados, con un fin expresamente educativo, hasta que Luis XIV, por consejo de Colbert, su ministro, se dirigió á los académicos de la de Bellas Artes (creada por el cardenal Mazarino) indicándoles que expusieran anualmente sus trabajos. Los académicos acordaron en diciembre de 1665 dar cumplimiento al deseo del rey *Sol*; mas Colbert dispuso que para que pudiesen los artistas exhibirse de un modo digno, se celebrase de dos en dos y durante las fiestas de semana santa. En efecto, el Primer Salón se inauguró el día 9 de abril de 1667, que era Domingo de Ramos, y se cerró el 23 del mismo mes, habiendo sido visitado por el rey y varias veces por el ministro. El palacio en que se expusieron las obras era el llamado de Richelieu, cuyo emplazamiento ocupa en la actualidad el teatro Francés.

Escaso debió ser el número de pinturas y esculturas exhibidas en este primer certamen oficial, pues-

to que en el décimotercero solamente figuraron 286 obras. Al primero asistieron, según conjeturas de Diderot, Voltaire y otros escritores é historiógrafos, el retratista Rigaud, Juan Garnier, Pierre Mignard, Testelin, Juan Rauc, Carlos Lebrun, el escultor Coysevoix y Roberto Nauteuil. Pretendieron algunos eruditos que Poussin acudiera también al Primer Salón; mas documentos descubiertos con posterioridad echan por tierra tal supuesto, por cuanto ha podido comprobarse que Poussin falleciera bastante años antes de 1667, en Roma, donde vivía.

Respecto del carácter de las obras expuestas en el Primer Salón, tan sólo por conjeturas puede suponerse. Sábese que por aquella época el escultor Girardon modelaba una magnífica estatua ecuestre de Luis XIV, que fundida en bronce se erigió años después en la plaza Vendôme, y que juntamente con los bajos relieves del pedestal, debido á Coustou padre, fué destruída durante la revolución. De ese mismo año de 1667 es el busto en mármol, también retrato del rey, esculpido por Coysevoix. De Lebrun, que comenzara la serie de cuadros que pudieran llamarse *la apoteosis* de Luis XIV, supónese que exhibió el primero. Realmente la exposición primera, eminentemente académica, tuvo un carácter cortésano, por lo que respecta ó atañe á los motivos artísticos; mas á pesar de esto, es menester que reconozcamos la importancia, no tan sólo del hecho de la exposición, sino la de la marcha ó rumbo que, sea por la causa ó razón que se quiera, se apartaba de aquella otra vereda de estrechos límites, en la cual se encerraron los artistas alemanes, españoles y aun parte de los italianos, y que solamente los *grandes pequeños* maestros de las escuelas flamenca y holandesa, habían dejado de seguir para entrar resueltamente por el campo de la vida real.

La historia de los Salones franceses constituye la de las exposiciones oficiales de Bellas Artes de Europa. La marcha seguida por la *Royal Academy* de Londres en el último tercio del siglo pasado es poco más ó menos la de la de *Beaux Arts* de París. Solamente podían asistir á tales certámenes los académicos é invitados de la Academia. Desde la octava exposición comienza á funcionar un jurado que admite ó rechaza las obras, y hasta después de la revolución no alcanzó á ciento el número de expositoras. El nombre de *Salones* no lo obtuvieron los certámenes de Bellas Artes de París hasta el reinado de Luis XV; debiendo el ser denominados de este modo al local en que se realizaban: era éste el *Salón carré* del palacio de Louvres.

En España no tuvieron carácter verdaderamente oficial las exposiciones de Bellas Artes hasta bien entrado el reinado de Isabel II. Si no recuerdo mal, la primera que inauguró la reina fué la de 1850. Hasta entonces, si bien la Academia de San Fernando venía celebrando certámenes públicos, éstos tenían un carácter casi particular, y á ellos solamente acudían los artistas que aquel alto cuerpo invitaba. Tenían efecto dichas exposiciones en el patio de la Academia, y á juzgar por las revistas que periódicos como *El Artista*, *El Liceo*, *No me olvidés* y otros de esta índole, puramente literarios y artísticos, hacían de aquellas exposiciones, el número de obras era limitado y una gran parte de ellas retratos, cuadros religiosos y alguno que otro de carácter histórico.

La época en que los Salones de París comenzaron á ejercer decisiva influencia en la marcha del gusto artístico, extendiendo dicha influencia á las cuestiones políticas y religiosas, fué inmediatamente después de la revolución francesa. Desde 1817 comiézase á observar la importancia de esa influencia, que llega á su apogeo durante el período romántico. Con

Víctor Hugo y todos sus secuaces se colocan en las avanzadas democráticas los Delacroix, Deschamps, etcétera, mientras que con Ingres y sus discípulos tienen los partidarios de la tradición realista verdaderos defensores.

Una observación de indudable importancia puede hacerse, repasando la historia de los Salones en Francia; observación que nos dice más del carácter y modo de sentir el arte del pueblo galo, que cuantos estudios puedan hacerse en ese sentido. En 1777, bajo el reinado de Luis XV, es decir, en una de las épocas en que la *galantería* y la despreocupación en materias de moralidad alcanzara á formar un verdadero estado de cosas social, vióse el rey, el amante de la Pompadour, obligado á ordenar á la comisión organizadora del Salón á que pusiera coto á las licencias de los artistas, que seguían el camino de la escuela de Bucher, pues se diera el caso de exhibir cuadros ante los cuales los cuentos de Rabelais, las desvergüenzas de Perrault, etc., apenas podían considerarse más que como desahogos de un humorismo más ó menos aceptable desde el punto de vista erótico.

Por lo que á España corresponde, el estudio detenido de nuestras exposiciones nos enseña cuán distinto fué y sigue siendo el sentido artístico y estético del artista hispano. Del cuadro y la escultura religiosa ó clásica pasamos á las exaltaciones románticas, y de éstas á los asuntos históricos, que caracterizaron una gran parte de nuestro siglo. Al presente, la vacilación inmensa que domina en toda Europa respecto de las tendencias filosóficas del arte nos ha traído á una confusión que algún día dejará de ser, mas que hasta ahora no puede profetizarse cuándo.

Una condición se revela en el arte español, condición que es histórica, y que obedece á determinada influencia étnica y de disciplina social: el naturalismo, pero tan sólo en la forma.

R. Balsa de la Vega

LA GUERRA EN EL AFRICA ORIENTAL

Entablada entre italianos y etíopes, surge ahora simultáneamente en regiones contiguas, entre ingleses, egipcios y nubios, y como en ella están interesadas ostensiblemente dos naciones europeas, aunque en el terreno diplomático sospéchase con fundamento que deben intervenir algunas otras, no es de extrañar que la atención pública se fije hoy en dicha guerra, de la que pueden resultar inesperadas complicaciones. Por esto nos proponemos ocuparnos en este y en alguno de los números sucesivos de los sucesos más salientes que con ella tengan relación, empezando hoy por dar una ligera idea de lo que son aquellos países y sus habitantes, especialmente por lo que se refiere al Sudán, ya que del imperio abisinio hemos indicado algo en números anteriores.

Viénesse dando el nombre de expedición del Sudán á la que últimamente ha emprendido el ejército anglo-egipcio contra los secuaces del Mahdí, vencedores en 1883; pero siendo su principal objetivo, por ahora, Dongola, más propiamente debería llamarse expedición de la Nubia, toda vez que Dongola es la capital del territorio de este nombre que Mengola es el hoy generalmente conocido con el de Sudán ó Sudán oriental, para diferenciarlo del occidental, situado entre la Senegambia y el lago Tchad, es el que antes constituía la alta Nubia.

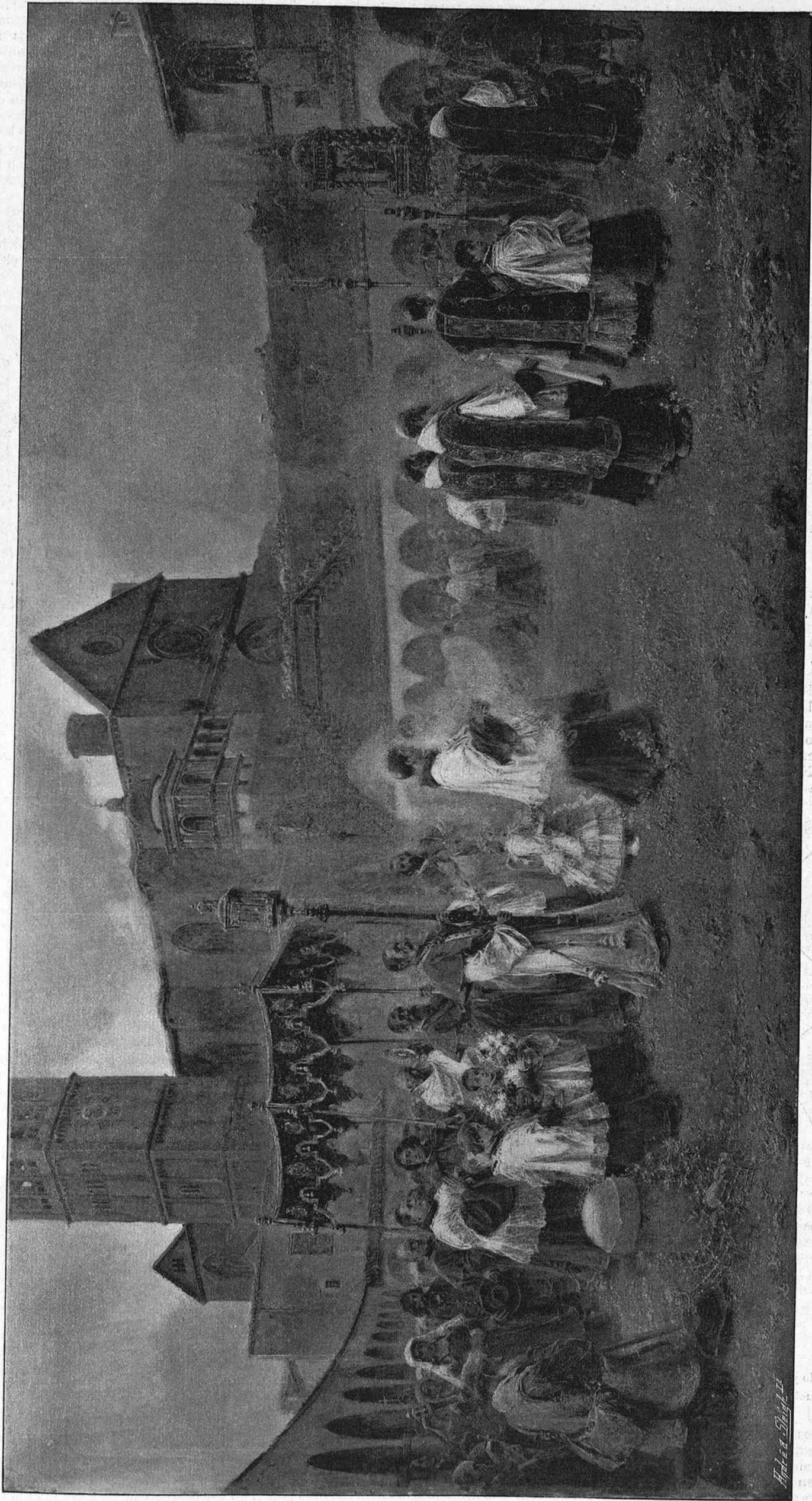
La primera de dichas Nubias, ó sea la baja Nubia, la más próxima á Egipto, y á la que se encamina la mencionada expedición, está limitada al Sur por las cataratas de Asuán, al Sur por la confluencia del Nilo y el Atbara, al Este por el mar Rojo y al Oeste

OBRAS NOTABLES DEL ARTE CONTEMPORÁNEO



MAÑANA DE INVIERNO, cuadro de L. Munthe, grabado por Bong

OBRAS NOTABLES DEL ARTE ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO



LA PROCESIÓN DEL CORPUS EN ASIS, cuadro de José Benlliure (Exposición Internacional de Munich. 1895)

por el gran desierto, ocupando así una extensión de 250.000 kilómetros cuadrados con cerca de un millón de habitantes.

Esta región está dominada por una serie de alturas que desarrollándose paralelamente á la orilla del mar, forma su frontera; en general es baja, sobre todo en la parte meridional; pero hacia el Norte se eleva, llegando á su punto culminante en el monte Olba, de 2.400 metros de altitud. En este sitio la cordillera del litoral, llamada Arábiga, se enlaza con los montes del interior y toma la dirección Oeste, descendiendo gradualmente, y sus mayores eminencias apenas pasan de 1.000 metros, hasta desaparecer poco á poco bajo las arenas del desierto. Así en la región septentrional como en la meridional de la Nubia, las piedras areniscas que constituyen las montañas, deshechas rápidamente por la acción del calor, la lluvia y el viento, se transforman en arena, que las corrientes aéreas elevan hasta las crestas de los montes ó arrastran y forman movedizas dunas; la lucha entre éstas y los habitantes de los oasis es constante; el hombre cultiva la tierra; pero la arena, transportada por el viento, en un instante cubre los cultivos, esteriliza los campos y reduce ó hace desaparecer aquella porción de tierra habitable y productiva.

La Nubia es uno de los países en que hay más distancia entre la temperatura máxima y la mínima, debido á la gran sequedad de la atmósfera, que permite durante la noche la irradiación del calor en el espacio, y á la constancia del viento Norte, que contribuye á hacer descender la temperatura nocturna hasta el punto de sentirse extremado frío.

Por lo que respecta á la fauna y á la flora de este país, diremos que en los bosques de mimosas de las orillas del Nilo se crían leones, hienas, antílopes, jirafas, gacelas y aves-truces, y en las riberas, millones de aves acuáticas, siendo el caballo y el camello los únicos animales domésticos del país. La flora está representada por varias especies de palmeras, acacias y mimosas, y en las márgenes del Nilo y en las estepas del interior se cosechan algunos cereales.

La población de la Nubia se compone de una mezcla de individuos de raza hamita, árabe nigricia y turca, pero la masa general pertenece á los barabra,

tivo de sus enfermedades. Los barabres designados con el nombre de *danagla* ó *danagale*, habitan la parte meridional de la Nubia, principalmente en las inmediaciones de Dongola, la capital, y en las islas del



UN NUBIO (de una fotografía)

río; su ocupación habitual es el comercio, pero también se dedican á la caza de esclavos por cuenta de los traficantes; su dialecto es el mismo que el de los barabras del Norte, con más voces árabes introducidas por las relaciones comerciales. Como de raza distinta se consideran los mahas, que habitan las orillas del Nilo, en la región de la tercera catarata, y verdaderamente se diferencian de los danaylas en que tienen la piel más oscura y revelan en su carácter más valor y fiereza. El valle situado al Norte de Korosko, junto á la primera catarata, está poblado por los kenuzi, los kens de las antiguas inscripciones.

Los árabes de Nubia, ó sean los pueblos de pastores que se dan ellos mismos esa dominación, están caracterizados especialmente por los bicharin, en los que se ve á los bedja por excelencia, y acaso este nombre, ligeramente modificado, es el de toda la raza; son de color rojo, como los indios de América, de constitución poco robusta, y envejecen rápidamente abrumados por la fatiga y la miseria; su idioma es el árabe, y aunque poco religiosos, tienen diversas prácticas de origen anterior al Islam.

Los ababdeh son otros árabes de origen africano, probablemente los gebadei de Plinio, según Reclús; unos 40.000 habitaban la Nubia; pero este número ha disminuído mucho, confundidos sin duda con los bicharin. Sus principales tribus viven en campamentos, y las otras son errantes, recorriendo los barrancos y llanuras entre el Nilo y el mar Rojo, hasta el Norte de Kosseir; los ababdeh del Norte hablan el árabe, los del Sur el dialecto bedjo, y las tribus próximas al Nilo el de los barabra.

Completan la población las poderosas tribus de kababich y de hasanieh, cerca del Kordofán; la de chukrich, en las estepas al Norte del Atbara; las de saurat, hauin y yeraiad, en la Bayuda, y las de robatat y chaikich, que viven en las dos orillas del Nilo entre Berber y Dongola.

El traje de los nubios consiste generalmente en una túnica, sobre la que llevan un largo manto de tela azul; el turbante le usan muy pocos, y la mayoría le sustituye con un casquete de fieltro. En la parte meridional las jóvenes gastan, en lugar de túnica, un cinturón de franjas, llamado *rahad*, adornado con perlas, abalorios y conchas.

Los nubios y sudaneses se dedican al pastoreo y á la agricultura en su más sencilla expresión, y como es de presumir, las costumbres y género de vida varían tanto como las tribus, pero no dejan de tener algunas comunes á todas, siendo una de las más características el aprecio que hacen de su cabellera y el cuidado que así hombres como mujeres ponen en su tocado. Los primeros, y en especial los bicharin, llevan descubierta la cabeza, y se dejan crecer el cabello hasta los hombros; el peinado de las segundas es

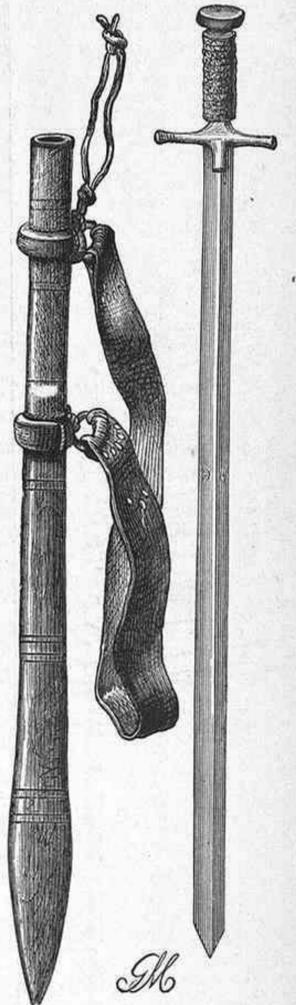
tal, que cuando alguna fallece se necesita todo un día de trabajo para deshacer las trenzas untadas de grasa y de ocre y destruir toda esa arquitectura capilar que la religión les prohíbe conservar en la tumba. Algunas mujeres, después de rizarse el pelo, lo cubren de una espesa capa de goma que forma alrededor de su cabeza á modo de un casco bruñido.

Las mujeres se taracean las manos, los pies, el rostro y el pecho; los hombres las manos solamente. Es costumbre general entre los árabes y los nubios untarse el cuerpo de grasa, y en la cabeza se ponen una larga aguja ó una púa de puerco-espín, ó bien un palito de madera y de hueso.

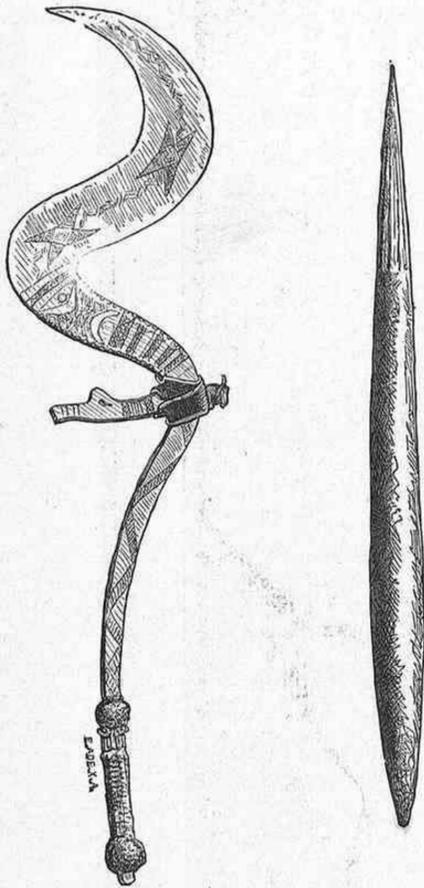
Aunque los nubios, sectarios del islamismo, son por lo general de carácter pacífico y dócil, si se exceptúa los de la tribu de los bicharin, y por lo tanto en Egipto se les prefiere para el servicio doméstico,

no dejan de demostrar en ocasiones que están dotados de valor y de un desprecio de la muerte hijo de su fanatismo, como así lo probaron los contingentes que de su seno salieron en 1882 para auxiliar la insurrección iniciada por el Mahdí. Aunque provistos hoy de fusiles, su arma predilecta es la lanza, que manejan con destreza, conservando también espadas, puñales y armas arrojadas que disparan con mano certera, de cuyo uso no pueden prescindir, siguiendo antiguas costumbres. Así ellos como los altos nubios ó sudaneses emplean á veces para su defensa en las luchas cuerpo á cuerpo grandes escudos de recios mimbres labrados con destreza. Que los árabes nubios han conservado en la fabricación de sus armas ofensivas y defensivas las tradiciones y pericia de sus antepasados, lo prueban los cascos y espadas que, encontrados en diferentes regiones de aquel país, adornan hoy los museos etnográficos europeos. Un arma de que el nubio no sabe prescindir es un puñal que sujeto con una correa trenzada al brazo izquierdo, lleva oculto en la manga de la túnica.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el pueblo y la región adonde llevan hoy ingleses y egipcios sus armas, teniendo que luchar para ello, no sólo con los obstáculos que los hombres les opongan, sino también con las condiciones del terreno en un país surcado por corrientes, abundante por una parte en peñascosas eminencias y por otra en áridos arenales, y en el que las tropas, y sobre todo las británicas, deben llevar una considerable impedimenta si no han de carecer de víveres que no puede ofrecerles en la

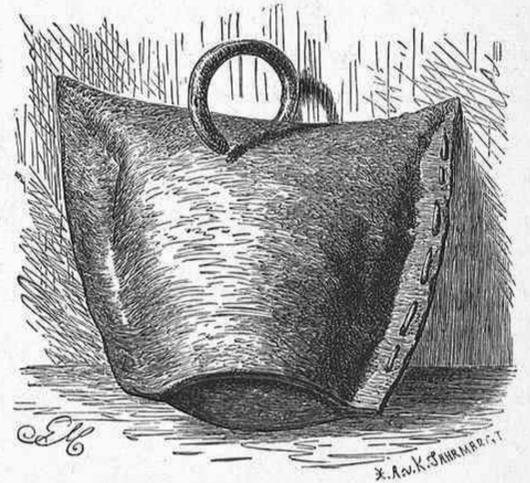


Una espada nubia (de hoja de Solingen) con vaina y colgantes (Museo para Etnografía, Berlín).



Cuchillo y palo arrojado, de Nubia (Museo Municipal de Francfort en el Mein)

vulgarmente llamados *berberines* ó *barbarines*. Se diferencian de los demás pueblos africanos, no sólo en el matiz más oscuro de la piel, que llega hasta el negro azulado, sino en que tienen las facciones más regulares, son bien formados y de proporcionada estatura, y no es raro encontrar tipos de verdadera belleza, aunque desfigurados por las cicatrices de numerosas heridas que se producen como medio cura-



Campana que usan las caravanas de Kordofán (Christy collection, Londres)

necesaria cantidad lo limitado de la agricultura y de los recursos de la región.

Verdad es que estas dificultades desaparecen en gran parte merced á los poderosos medios con que la

Gran Bretaña cuenta para llevar adelante todas sus empresas. Desde la última expedición militar por el Nilo, se han venido verificando en el alto Egipto varias reformas, de las que la expedición actual tocará sin duda provechosos resultados. El ferrocarril en construcción podrá llegar algún día, como es de esperar, hasta Khartum, y ahora se utiliza para el transporte de tropas hasta Girgeh. Desde aquí se embarcarán en vapores fluviales y lanchones que llegan á Asuán, siendo probable que puedan arribar á esta población sin más tropiezo que alguna que otra parada más ó menos prolongada, producida por el encuentro de un banco de arena, dejado en descubierto por el actual descenso de las aguas del río.

Asuán es quizás uno de los puntos más agradables del Nilo. Aunque sólo tiene una angosta faja de vegetación en la orilla derecha, pues la izquierda es un yermo, la isla Elefantina, situada en medio del río, y la abundancia extraordinaria de palmeras, la convierten en un lugar á propósito para el hospital militar admirablemente organizado que hay en el extremo de dicha población. Desde que comenzó la ocupación del Egipto por la Gran Bretaña, hay en Asuán un regimiento indígena mandado por oficiales ingleses que deparan grata acogida á los muchos forasteros allí atraídos durante la breve estación invernal. Aparte de los muchos objetos que ofrece el bazar, allí establecido, en armas raras, túnicas muy adornadas, etc., llaman la atención del turista los productos del remoto Sudán, pues es de advertir que en los últimos años se han renovado allí las caravanas del comercio con Khartum bajo la más estricta vigilancia militar. Al entrar ó salir de Asuán estas caravanas, cuya llegada se anuncia de antemano por el sonido de una campana especial que muchas de ellas llevan, las escolta una compañía de soldados, y algunos empleados militares registran cuidadosamente los fardos para cerciorarse de que no contienen ciertos artículos de contrabando ó materiales que pudieran aprovechar al Mahdí para fabricar pertrechos de guerra.

En la actualidad no se necesitan barcos para el transporte de provisiones hasta la primera catarata, pues se ha construído un ferrocarril estratégico de Asuán á Shellah, lugarejo situado junto á aquella enfrente de la isla de Filé. Más allá de la catarata el río, aunque ancho é imponente en ciertos sitios, está demasiado lleno de bancos que hacen difícil la navegación por vapores de ruedas, y el tráfico se hace por medio de vapores de una rueda en la popa, que salvan con facilidad aquellos obstáculos, pues son pequeños y de poco calado aunque algunos van armados. A uno y otro lado de ellos se amarran grandes lanchas cuando hay que enviar tropas ó vituallas á Uadi Halfa, porque la guarnición de este punto depende en cuanto á pertrechos y provisiones de lo que se le remita del bajo Egipto.

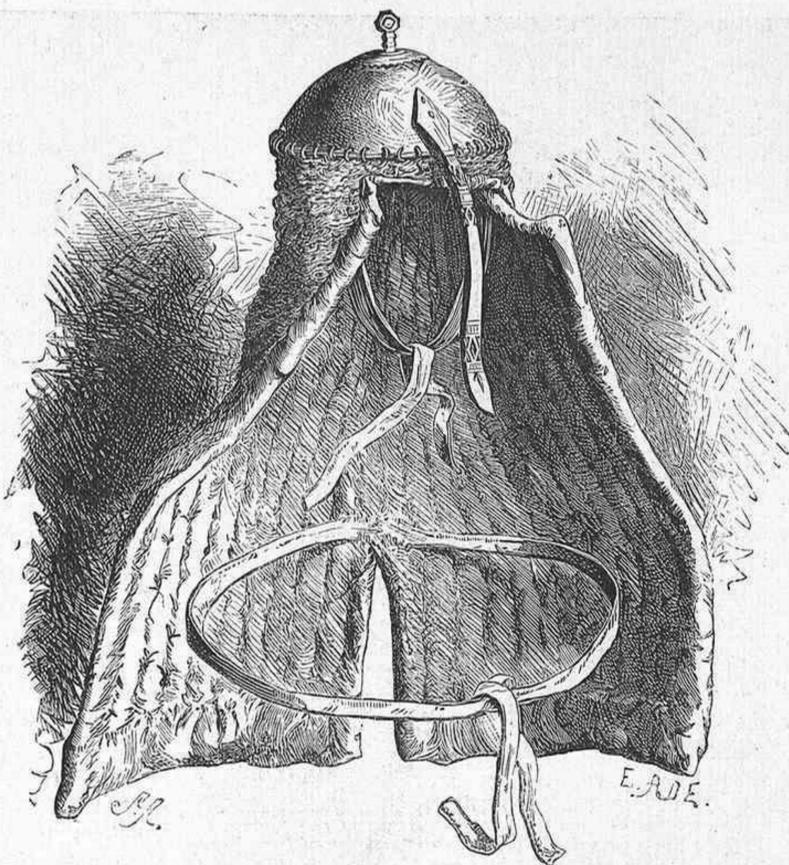
Uadi Halfa no tiene en sí grande importancia; pero ha adquirido cierto renombre durante la última década por ser lo que podría llamarse la última Thulé del papel que Egipto representa hoy en aquella parte del Africa, el punto postrero adonde alcanza su influencia material. Situada pocas millas más abajo de la segunda catarata, se ha considerado como una estación fronteriza conveniente. En Savras, unas 40 millas más allá, hállase establecido un puesto avanzado en comunicación con Halfa por medio de un ferrocarril de vía estrecha, de suerte que la expedición para llegar allí podrá evitar los peligros que ofrece la navegación por los rápidos del río.

Las tropas acantonadas en Halfa, en número de unos 5.000 hombres, ocupan lo que se conoce con el nombre de fuerte, aunque en rigor allí no hay fortificaciones propiamente dichas.

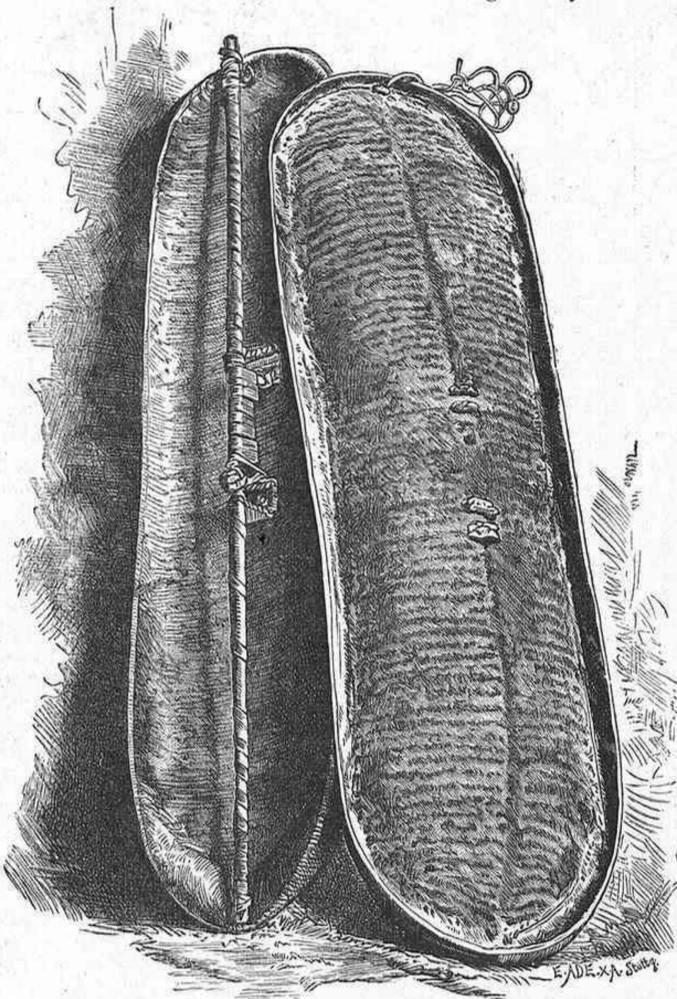
Hase abierto un bien cuidado camino que tendrá como una milla de largo junto á la orilla derecha del río, enfrente del cual se ha construído una serie de bonitos y cómodos *bungalows* ó chalets, algunos de los cuales tienen jardines abundantemente regados

en los que crecen magníficos rosales y varias plantas de los trópicos. El mayor de esos *bungalows* tiene una gran terraza que da al río, y en él están los refectorios, en los que se sirven comidas, cuya lista de platos es una maravilla de sencillez. La última de dichas construcciones es la del gobernador, coronel A. Hunter, quien no tan sólo es un bizarro militar, sino que también es un hombre que se ha hecho universalmente popular.

Los cuarteles, el hospital y las cuadras de la caballería están situados entre los *bungalows* y más allá se



Casco nubio (Museo Municipal de Francfort en el Mein)



Escudos de Kordofán (Museo Municipal de Francfort en el Mein)

encuentran los terrenos cercados para los camellos; después empieza el desierto. La esterilidad de los alrededores no ha impedido las frecuentes incursiones hechas en esta región por los derviches. En más de una ocasión han sorprendido y saqueado aldeas á pocas millas de Halfa, pues gracias á los intrincados caminos del desierto han podido burlar la vigilancia constante que sobre ellos se ejerce. Como estas depredaciones se repiten, los ingleses han tomado pretexto de ellas para emprender la expedición que hoy preocupa á más de una cancillería europea. - X.

COGERSE LOS DEDOS

Era el prototipo de lo que se llama un *golfo*. En las revueltas playas de la villa apareció una vez en medio del arroyo como si hubiera brotado de las piedras.

Sus antecedentes, su genealogía, su modo de vivir anterior, parecían arcano imposible de descubrir para todos. Algunos sabuesos de la policía madrileña creían averiguar el pasado de aquel chiquillo, pero realmente sabían de él muy poco. Que había ido á parar á la prevención varias veces por vender periódicos denunciados, que voceaba muy bien los pliegos de aleluyas políticas, que comía la bazofia de la tienda asilo ó el sobrante del rancho de algún cuartel, y nada más.

El *Gorrión*, como de mote llamaban sus camaradas al chicuelo por su maña para encaramarse á las ramas de los árboles siempre que había parada militar, procesión ó desfile, vivía hecho un príncipe de la clase de *golfos*. Explotando las pequeñas industrias, desde la recolección de puntas de cigarros, que luego vendía en el Rastro, donde lavadas y puestas al sol ocupaban pintarrajeadas envolturas y se vendían como exquisito tabaco habano, hasta la compra y venta de contraseñas á la puerta de los teatros, el pequeño lograba, aunque mal, subvenir á sus necesidades, casi siempre cubiertas por lo mismo que igual le daba tenerlas tan al descubierto como los codos y las rodillas, curtidas ya en fuerza de asomarse á la intemperie por los agujeros de la blusa y de los pantalones.

Fué al río á recoger arena y bajó á la Ronda de Embajadores á jugar á las chapas; pero nunca se le había ocurrido emplear su natural talento en regenerarse ni aspirar á mejores medios de vivir.

Cierta noche que dormitaba en el quicio de una puerta, esperando la desagradable visita del guardia de orden público, que haciendo del puntapié despertador enérgico, solía hacerle levantar, el *Gorrión* escuchó algo parecido al rechinar de una puerta. Miró en la dirección del sonido, y vió que una mujer salía del piso bajo de la casa de enfrente.

El chicuelo se levantó desperezándose, y deslizándose, más bien que echando á andar, hacia el cuarto, empujó la puerta y escuchó. Como nadie le contestase, el *Gorrión* pensó que en el cuarto no debía haber nadie. Mil ideas acudieron en tropel á aquella cabecita infantil, con la velocidad infinita de un prezo pensamiento.

El niño vió cómo algunos camaradas suyos vivían y triunfaban, cómo repartían su existencia entre comer bien ó dormir mal en el departamento de «los micos» de la cárcel de la villa, recordó las perniciosas máximas de algún amigo que otras veces quiso adiestrarle para *descuidero*, y el *golfo* convirtiéndose instantáneamente en *randa*, pasando de vagabundo honrado á ladrón vulgar.

El *Gorrión*, echando mano á un clavo, le introdujo por la cerradura. El pestillo, única seguridad de la desvencijada puerta, cedió á la improvisada ganzúa y el pequeño se encontró dentro de la habitación.

Anduvo dos ó tres pasos, como si tratase con sus ojillos azules de ver en la obscuridad como los gatos, escuchó largo tiempo, palpó una cómoda y tropezó en una silla.

Tuvo miedo por primera vez en su vida, sintió que las piernas le sostenían difícilmente y que vacilaban sus pies descalzos, creyóse perdido para siempre y trató de huir en dirección á la calle. El *golfo* arrojó un objeto que acababa de atrapar y que partiéndose en mil añicos produjo un ruido que retumbando en los oídos del granuja le pareció una descarga hecha á quemarropa sobre él, puso el pie en el dintel, empujó violentamente y por instintivo movimiento la puerta, y un agudo grito de dolor salió de la garganta del pequeñuelo, quien echó á correr calle abajo, limpiándose la sangre que manaba de sus dedos en la sangrienta blusa.

Se había cogido la mano en la puerta.

De esta verídica historia, vulgar y prosaica, puede deducirse una enseñanza, que no es sino la que expresa continuamente el maestro cerrajero de la calle de***, un hombre dedicado á hacer la guerra á los ladrones, rico y honrado, é inventor de unas cerraduras dobles de su invención, á prueba de clavos y ganzúas.

Y que no es sino el *Gorrión* de este relato, el *golfo* redimido, que ahora emplea una *muletilla* que no entienden sus convecinos y que él predica á su hijo, diciéndole continuamente:

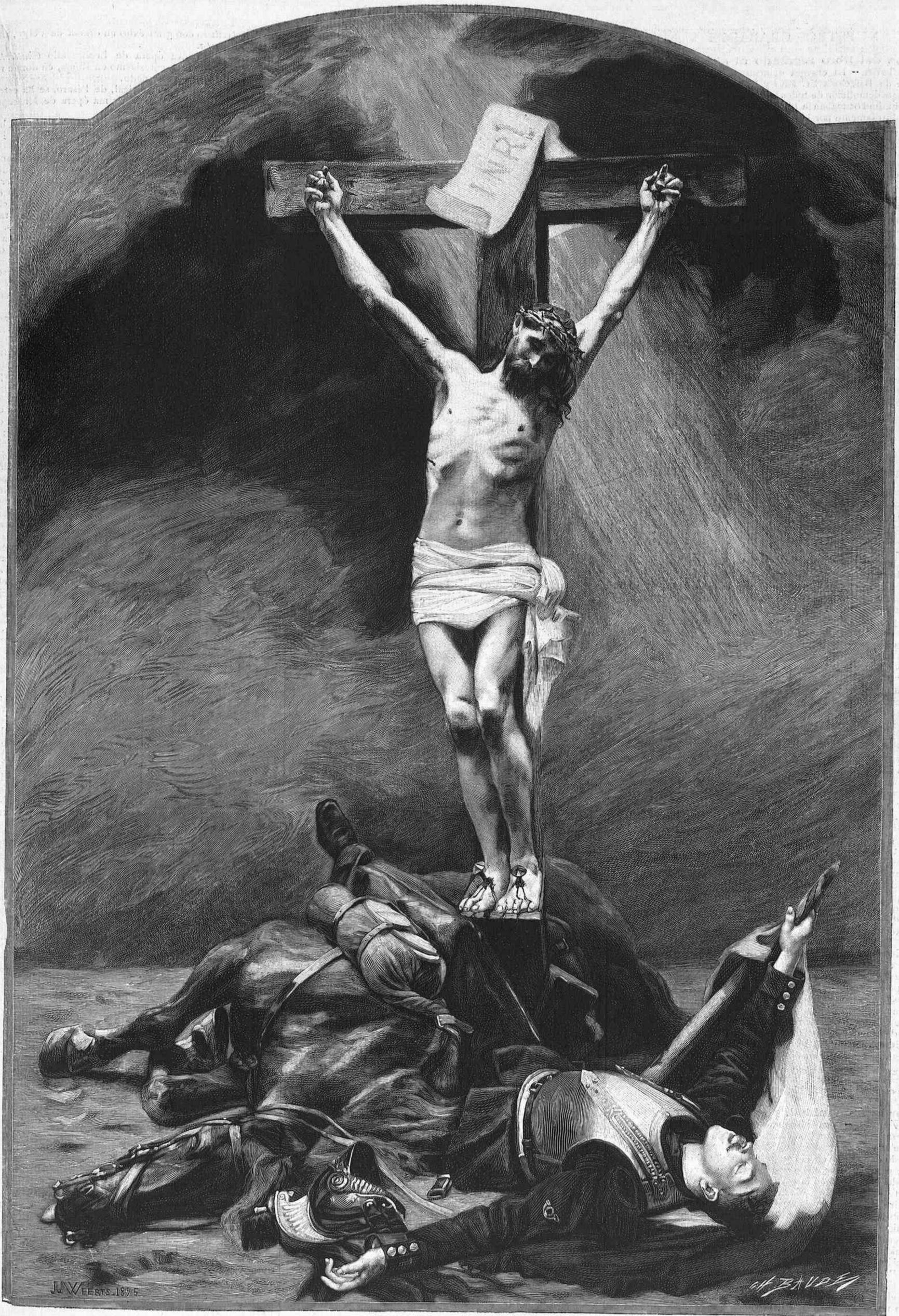
- No hay nada como cogerse á tiempo los dedos. La cicatriz del índice de la mano derecha del maestro hizo en él más milagros que todos los preceptos del código penal.

P. GÓMEZ CANDELA



TRISTE RECUERDO, cuadro de J. M. Strudwick

Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín



POR LA HUMANIDAD, POR LA PATRIA, cuadro de J. J. Weerts

NUESTROS GRABADOS

Tapa del libro regalado al alcalde de Barcelona.— La energía demostrada por el actual alcalde de Barcelona Sr. Rius y Badía al ordenar la inmediata demolición de todos los edificios y barracones que por mitad ocupaban la Plaza de Cataluña, fué aplaudida calurosamente por la población entera. Esa manifestación de Barcelona se ha consignado luego en un libro que contiene la inscripción de muchos millares de firmas. La tapa de este libro, primorosamente labrada en bronce y en hierro por los artífices Sres. González é hijos, que reproduce nuestro grabado, es una prueba elocuente del buen gusto y perfección á que alcanza el arte de la Metalistería entre nosotros, como también de la importancia que ha revestido la manifestación con que Barcelona ha demostrado agradecer al señor alcalde su iniciativa en pro de la pronta resolución del asunto de la Plaza de Cataluña.

Joven en la ventana, célebre cuadro de Rembrandt.— Este precioso cuadro, que se conserva en la Galería Dulwich de Londres, pertenece al número de los que pintó el gran maestro flamenco durante el período que media entre los años 1637 y 1642: en todas sus obras de aquel tiempo aparece Rembrandt como el jefe natural de la reacción contra el clasicismo italiano, y en todas se admiran la riqueza de color, la ciencia incomparable del claroscuro, la frescura y la vida de sus figuras, la delicadeza y armonía del conjunto y el vigor de sus sombras, cualidades que le han conquistado el aplauso aun de los más apasionados adversarios de su estilo. Rembrandt es uno de los artistas más originales que han existido: sin educación científica, sin grandes estudios y sin profundos conocimientos acerca de las obras maestras, llegó á una altura por pocos alcanzada. Los asuntos de sus lienzos están tomados en su mayoría de la vida y costumbres de su país, que le sirvieron hasta para los cuadros religiosos, en los cuales, sin preocuparse gran cosa de la verdad histórica, trazó las principales escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento, vistas, por decirlo así, á la luz de su tiempo.

Mañana de invierno, cuadro de L. Munthe.— Para los artistas que de veras la sienten, tiene la naturaleza encantos imponderables: la primavera cubriendo la tierra de galas, el verano con la exuberancia de vida que por todas partes se desborda, el otoño con sus melancolías y el invierno con su misma tristeza, ofrecen una sucesión de cuadros llenos de bellezas de forma y de color, superiores á cuanto puede forjar la más inspirada fantasía. Por esto los pintores que á ella acuden en busca de asuntos para sus cuadros, tienen la seguridad de hallarlos en número y variedad infinitos, y á poco que el sentimiento acompañe á la percepción de los sentidos, el éxito es indudable y no difícil. La obra del pintor alemán Munthe es verdaderamente sentida; y de aquí el efecto que en nosotros produce la contemplación de aquel paisaje cubierto de nieve, de aquellos árboles sin una hoja, de aquella casita perdida en medio del bosque y de aquel grupo que parece extraviado en aquellas soledades.

La procesión del Corpus en Asis, cuadro de José Benlliure.— Establecido en Roma desde hace algunos años, nuestro querido colaborador é ilustre paisano Sr. Benlliure se ha dedicado á estudiar con verdadero cariño las costumbres del pueblo italiano, trasladando al lienzo, ora una romería, ora una fiesta popular profana, ó cualquiera de esos cuadros típicos que con tanta abundancia ofrece aquel país, como pocos pintorescos. En *La procesión del Corpus en Asis* adviértense todas las notables cualidades que más de una vez hemos señalado en las obras de Benlliure: perfectamente observado del natural, son en él admirables la disposición de los grupos, la verdad de cada una de las figuras, el ambiente de religiosidad que en el cuadro domina y la ejecución por todos conceptos notable, que no descuida ni los menores detalles, sin por esto descender á minuciosidades que no cuadran en obras del carácter amplio de la que nos ocupa.

Triste recuerdo, cuadro de J. M. Strudwick.— De algún tiempo á esta parte son varios los pintores, especialmente en Inglaterra, que, apartándose de las corrientes modernas, dan á sus obras un carácter arcaico que recuerda las de ciertos artistas del período clásico. El cuadro de Strudwick pertenece á este género, así por su asunto, que parece inspirado en una leyenda de la Edad media, como por su ejecución, tan distinta de la que estamos acostumbrados á ver en nuestros días. La disposición de los términos, el dibujo de los accesorios, el tocado y las vestiduras de la figura que llena la mayor parte del lienzo, todo contribuye á imprimir en esta obra un sello de originalidad digno de toda alabanza y avalorado por una técnica de corrección intachable.

Por la humanidad, por la patria, cuadro de J. Weerts.— Pocas ideas más grandes que ésta hemos visto expresadas en un cuadro. Hermoso ha sido siempre el sacrificio de la vida en aras de la patria; sublime el espectáculo del soldado que muere en el campo de batalla abrazado á su bandera; pero ¡cuán pequeño resulta esto comparado con el sacrificio del que murió en la Cruz por redimir á la humanidad! La muerte del uno va asociada á la idea de destrucción; la del Mártir del Gólgota es la coronación de la obra de amor y de paz universales; el militar heroico pereció maldiciendo á sus enemigos; las últimas palabras de Jesús fueron de perdón para sus verdugos. ¡Cuán admirablemente sintetizadas estas consideraciones en el bellísimo cuadro de Weerts! ¡Cuán intensa emoción causa en nosotros esta pintura! ¡Cuán elocuente el título *Por la patria, por la humanidad* que le ha dado el autor! Este lienzo, en nuestro sentir, es de los que bastan por sí solos para elevar á gran altura el nombre del artista que ha encontrado un pensamiento tan bello y ha sabido darle forma tan original.

Lago de Piediluco, cuadro de Salvadór Sánchez Barbudo.— Entre los varios lienzos que este distinguido pintor exhibió en la Exposición celebrada en Venecia el año último, figuraba el que reproduce el encantador y poético



Tapa del libro regalado al alcalde de Barcelona D. José M.^a RÍUS y BADÍA y costeado por suscripción popular

lago de Piediluco. Todos ellos correspondían por su mérito á la justa fama de que goza tan inteligente artista, pero el que reproducimos fué el que llamó más poderosamente la atención del público y de los inteligentes. Y téngase en cuenta que los demás eran asimismo gallardas muestras de la habilidosa maestría de Barbudo, quien, como pocos, obtiene admirables resultados de su paleta. Mas tratábase de un nuevo género, de una manifestación poco cultivada por el artista, que aparecía revestida de todas sus cualidades, con el derroche de las bellezas que se admiran en todos sus lienzos.

El que pudiéramos titular paisaje acuático de Sánchez Barbudo es una nota bellísima, sentida y armónica: ha de considerarse como un canto tributado á la naturaleza.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—FILADELFIA.— Por muerte de mistress Mary Gibson, ha pasado á poder del Museo de Filadelfia la magnífica colección de cuadros que había reunido el difunto esposo de aquélla y cuyo valor se calcula en dos millones y medio de pesetas. Entre las obras que en ella figuran hay muchas y muy notables de Corot, Meissonier, Gerome, Millet, Munkacsy y otros no menos famosos artistas.

LONDRES.— En la Galería Grafton se ha celebrado una notable exposición de cuadros de los románticos franceses y de algunos de los principales pintores alemanes modernos. En ella figuraban 17 obras de José Israels, admirables ejemplos de su variedad de asuntos y de la maestría con que domina la luz y el color; 30 cuadros de Corot, impregnados de esa dulce poesía que caracteriza los lienzos del gran paisajista francés; un cuadro al óleo y varios hermosos pasteles y dibujos de Millet, algunos admirables paisajes de Díaz, seis deliciosas escenas pastoriles de C. Jaque, dos magníficos estudios de Julio Dupré, varios paisajes y marinas de Jorge Michel, cuyos méritos, durante mucho tiempo desconocidos, han venido á ponerse de relieve recientemente, y otras obras de diversos géneros de Rousseau, Daubigny, Troyon, Jacobo Maris y Antonio Mauve. Finalmente había en la exposición 150 dibujos del genial artista francés Renouard.

MUNICH.— Los secesionistas munienses han inaugurado á mediados de marzo último su exposición de primavera, en la cual figuran 400 obras de la Asociación Artística. Hay además varias instalaciones aisladas de famosos maestros, una instalación colectiva de los grupos de artistas holandeses y otra de los franceses. El italiano Segantini ha enviado á ella una rica colección de sus obras, lo mismo que el inglés Walter Crane y el simbolista holandés Jan Toorop.

— En la capital de Baviera se ha constituido hace poco una asociación de escultores denominada *Pallas*, de la que forman parte representantes de todas las tendencias de la moderna escultura, los cuales se han agrupado con el principal objeto de proteger y dar á conocer á los artistas jóvenes de verdadero talento.

— Se ha completado en Munich la ornamentación del puente monumental de Lins con las estatuas de mármol de la Industria (una figura de mujer con el yunque y el martillo) y de la Navegación (un joven empujando el remo), obras ambas del célebre escultor Eberle que van colocadas en el lado Oeste del puente, haciendo juego con las de la Pesca y del Arte que se alzan en el lado derecho y que fueron modeladas por Hahn y Kaufmann respectivamente.

Teatros.— En el teatro Manzoni, de Milán, se ha estrenado con gran éxito un drama de Verga, titulado *La Lupa*.

— La nueva ópera de Leoncavallo *Chatterton* ha producido gran entusiasmo en Roma, en donde recientemente se ha estrenado.

— En el Liceo Musical, de Pésaro, se ha estrenado con éxito brillante la última ópera de Mascagni *Zanetto*.

— En el teatro de la Ciudad, de Nuremberga, ha sido acogido con mucho aplauso el drama de D. José Echegaray *Mariana*.

— Los estudiantes de la Universidad de Munich se han asociado para dar á conocer en aquella ciudad la comedia histórica de Ibsen *Emperador y galileos*.

— Un rentista de Wiesbaden ha hecho á la ciudad una donación de 25.000 pesetas, con la condición de que los intereses sirvan para auxiliar á los poetas dramáticos, á fin de que puedan estrenar sus obras.

— En el teatro Pagliano, de Florencia, se ha estrenado con gran éxito una ópera del maestro Loprani, titulada *In vendemmia*.

— La Sociedad Literaria de Leipzig ha representado en el teatro Carola el drama de Strindberg *El padre*, con escaso éxito y en algunas escenas con grandes protestas del público.

— En el Gran Teatro, de Niza, se ha estrenado con mucho éxito una obra de L. Castinel, *Le Barde*, de estilo wagneriano.

— En el teatro Savoy, de Londres, se ha estrenado con gran aplauso una alegre opereta en tres actos de Gilbert con bellísima música del reputado compositor Arturo Sullivan, titulada *El gran duque*.

París.— Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigu *Les deux gosses*, interesante melodrama en dos partes y ocho cuadros de Pedro Decourcelle; en los Bufos Parisienses *Ninette*, bonita opereta de Clairville, con deliciosa música de Lecoq, y en Vaudeville *Manette Salomon*, comedia en ocho cuadros de Edmundo Goucourt, tomada de la conocida novela escrita por él y por su hermano Julio. En la Porte-Saint-Martin se ha reproducido el drama de Sardou *Thermidor*, cuyas representaciones fueron suspendidas después de la segunda noche cuando se estrenó en la Comedia Francesa.

Madrid.— En el teatro de la Comedia se ha estrenado con gran éxito un cuadro dramático en un acto y en verso, original de D. Juan Maillo, titulado *La cruz de San Fernando*. En el Español se ha verificado el beneficio de la Sra. Guerrero, que obtuvo una ovación entusiasta en la preciosa obra del Sr. Echegaray *Mariana*. La Sociedad de Conciertos ha dado una serie de audiciones musicales en el teatro del Príncipe Alfonso, con la cooperación del eminente Sr. Sarasate: ocioso es decir que el éxito ha sido en todos ellos completo, habiendo logrado sendos triunfos el incomparable violinista navarro.

Necrología.— Han fallecido: Enrique Howe uno de los más antiguos y famosos actores ingleses que por espacio de cuarenta años perteneció á la asociación del teatro Haymarket, de Londres.

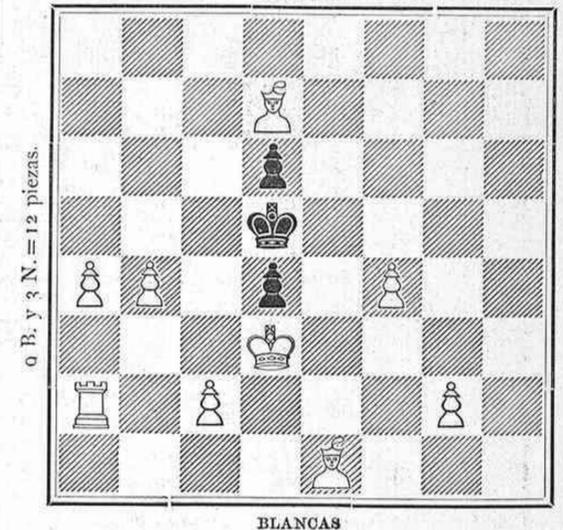
Otón Roquette, catedrático de lengua, literatura é historia alemanas en la Escuela Superior de Darmstad, notable poeta, novelista y autor dramático.

Constancio Sappey, profesor honorario de Anatomía en la Universidad de París é individuo de la Academia de Ciencias, muy conocido por sus trabajos sobre los vasos linfáticos.

José Munsch, distinguido pintor muniense de historia y de género, á quien por sus preciosos cuadros de caballete se había dado el sobrenombre de Meissonier alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 13, POR RAMÓN PADRÓ Y JOVÉ NEGRAS



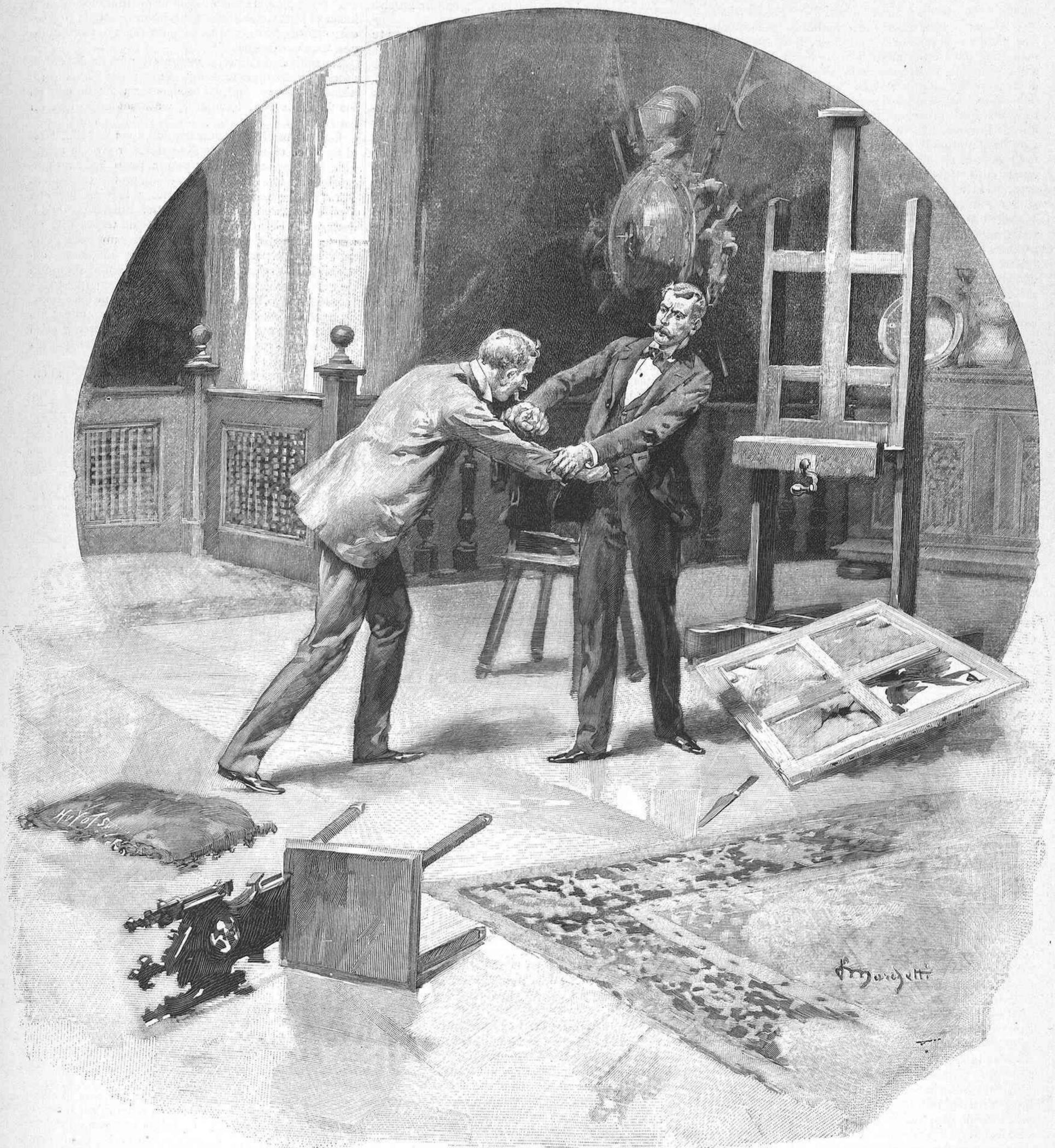
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 12, POR J. MÁRQUEZ

- | | |
|-------------------|-------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T 4 T D jaque | 1. P toma T jaque |
| 2. R 4 A D | 2. P 4 C D jaque |
| 3. R 5 A D | 3. P juega. |
| 4. P toma P mate. | |

Cada día se ve surgir algún específico para el cutis. Todas estas panaceas, que no son sino afeites, hacen la fortuna de la CREMA SIMON, á la que se está obligado á recurrir si se quiere volver á tener EL FRESCOR y LA BELLEZA. Desde hace 35 años, CREMA, POLVOS DE ARROZ y JABON SIMON son cual la última palabra de la higiene en perfumería.

J. SIMÓN, 13, r. Grange-Batelière, PARÍS.



Harcourt limitóse á coger al pintor por ambas muñecas y mantenerle á cierta distancia

EN BUSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

De regreso á París, aquel malestar, ligero y sutil, volvió á condensarse, como esos vapores finos que en el flanco de la montaña se concentran y conviértense poco á poco en una niebla fría, que oculta las cumbres inundadas de sol.

Villeroy se preguntaba qué haría su esposa; las semanas pasaban, y su vida seguía siendo un poco triste y desanimada, sin el menor incidente de ningún género.

Desde su matrimonio habíase hecho el vacío alrededor de ellos, no desde luego, pero sí sensiblemente. Mila, alborozada por aquella unión perfecta y en medio de la gloria de sus triunfos, había alejado á sus amigos americanos, desagradables para Francisco, y acogía cordialmente á los compañeros de éste, poco numerosos, pero escogidos. No había sufrido por la especie de aislamiento que se siguió, porque estaba demasiado ocupada en su trabajo y era

también lo bastante feliz en su interior para cuidarse mucho de tal cosa.

Pero de pronto, faltándole que hacer y no siéndole ya necesario desempeñar las funciones de enfermera, los días le parecieron demasiado largos, á ella, la mujer activa por excelencia, tan atareada siempre hasta entonces, que apenas le bastaban las horas del día. En cuanto á Villeroy, había vuelto á trabajar, y ocupábase en componer su *Misa para una iglesia de*

pueblo, idea que le ocurrió después de escribir su *Ave María*; y este trabajo le absorbía de tal manera, que siempre permanecía silencioso. Estaba sumido más que nunca en el misticismo, y Mila, que seguía siendo muy católica, acompañábale a las iglesias que él frecuentaba de preferencia. Jamás la unión de los dos esposos había sido, al parecer, tan absoluta, puesto que ahora oraban en los mismos altares; pero en realidad, nunca habían estado tan lejos uno de otro. Los dos, midiendo á veces la distancia que aumentaba de día en día, sin que verdaderamente fuese culpa suya, quedaban espantados, y resistiéndose á creer en el hecho, buscábanse y trataban de reanimar su amor enfermo con caricias y tiernas palabras.

Cierto día, el músico leyó en un diario de la mañana la noticia de que la señora Villeroy del Paso iba á desempeñar próximamente el papel principal en la nueva ópera de Surgeres; pasó el diario á su mujer con mano temblorosa, y preguntó simplemente:

— ¿Es verdad eso?

Mila leyó el suelto, y dejando caer el diario con expresión de disgusto, contestó:

— No; él lo solicitó, pero he rehusado. No aceptaré contrata alguna hasta que te hayas restablecido, ó bien cuando se anuncie la *Sirena*.

— ¡Oh, entonces!... Pero me parece que hubieras podido hablarme sobre la petición de Surgeres.

Mila vaciló un poco, y repuso al fin:

— No te hablo nunca de cosas de teatro, porque temo que te disgustes.

Villeroy abrió la boca para hablar, mientras que los músculos de su rostro enflaquecido se contraían visiblemente; mas no pronunció las palabras que llegaban á sus labios, y salió bruscamente. Mila permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos perdidos en el vacío de su meditación. Habíase apoderado de ella con violencia la nostalgia del teatro. ¡Ah, con qué gusto hubiera desempeñado aquel hermoso papel escrito expresamente para ella por un maestro que conocía á fondo todos los recursos de su talento! Gracias á su eclipse voluntario, otra artista que no valía tanto como ella iba á ocupar su puesto y á obtener el favor del público. Por otra parte, Surgeres, furioso y sin comprender la causa de aquella negativa, le conservaría uno de esos rencores propios de él, y no la perdonaría jamás. ¡Y todo esto, porque á su marido se le antojaba de improviso mostrarse celoso! Nevin, con su lengua viperina, había dado á entender en cierta ocasión que los celos del músico eran de una especie particular, inspirados mucho menos por la mujer que por la cantante, cuya reputación, tan brillante como bien reconocida, perjudicaba al talento poco apreciado del compositor.

Mila se sonrojó ante este pensamiento, que tan sólo cruzó ligeramente por su espíritu; mas ya era bastante que lo hubiese tenido.

Bob Harcourt había vuelto á París, y el pintor Nevin también. En la colonia americana, la vida seguía de nuevo su curso habitual; Mila cantaba algunas veces en distintas reuniones, pero sin alcanzar del todo el éxito de antes. La señora Milner no se interesaba ya absolutamente por ella, y ella era la que imponía la ley: otra cantante americana excitaba ahora su entusiasmo. Mila, sin contrata alguna, parecía estar fuera de moda, y su triunfo en los Estados Unidos se iba ya olvidando. En este mundo de capricho y de frivolidades las cosas van de prisa.

Mila, asombrada y resentida, apenas salió ya de casa; había estado acostumbrada á los cumplidos extremados, á los mimos de todo género, y no podía explicarse la especie de ostracismo, vago aún, pero sensible, que pesaba sobre ella.

Así transcurrió un año entero, con muy pocos cambios. Villeroy trabajaba cuanto se lo permitía su salud, todavía muy delicada, y había vuelto á dar algunas lecciones en su casa. Mila cantó en varios conciertos; pero acostumbrada hacía algunos años á ganar considerables sumas, sufría ahora al verse obligada á cantar. Preocupábale el porvenir, y esta preocupación no pasaba inadvertida para su esposo, que se lamentó de haberle dejado administrar la pequeña fortuna ya reunida. Mila encargaba á su primo la colocación del dinero, y como una vez Villeroy los sorprendiera alineando cifras, y discutiendo sobre el estado de la Bolsa, exclamó con impaciencia:

— ¡Ah, ya veo que no eres americana á medias!

Mila se irguió, resentida al oír estas palabras; pero contestó con mucha serenidad:

— Amigo mío, es muy hermoso poder sobreponerse á las miserias de este mundo, y no todos sabrían hacerlo. Pocas cosas conozco más lamentables que los artistas envejecidos que han pasado de moda y se ven obligados á pedir una limosna, pues hasta los más grandes, aunque tengan genio, se empequeñecen. El dinero es en ocasiones la dignidad; yo tengo empeño en conservar la mía, y sé lo que una voz dura

algunas veces, aun cuando se llegue á cantar mucho tiempo, lo cual no me sucede á mí.

— ¡Por amor de Dios, replicó el marido, si tanto te cuesta permanecer inactiva, vuelve á la escena!

— No estoy segura de poder hacerlo ahora, pues no es Surgeres el único que me guarda rencor.

Villeroy, olvidando que él había sido causa de la retirada prematura de su esposa, llegaba algunas veces á irritarse por su inacción. Mila, dejándose llevar del abatimiento, descuidaba su voz; mostrábase casi indiferente á su belleza, vistiendo los trajes ajados de los años anteriores, y no era ya la gloriosa artista, la mujer verdaderamente hermosa á quien había amado y de la cual se enorgulleció tanto al obtener su mano de esposa. Mila, adivinando algo de aquel trabajo sordo en el pensamiento tan variable é inquieto de su marido, se indignaba al reflexionar en tal injusticia.

Y en medio de todos estos enojos, que á veces perturbaban la tranquilidad de su existencia, Francisco y su esposa se amaban sin embargo, olvidando ambos, por momentos, sus sordos rencores. La muy dulce intimidad, los ligeros incidentes de cada día, y sobre todo el trabajo, cuando Mila, sacudiendo la especie de letargo que se había apoderado de ella, cantaba alguna buena composición de su marido, unían más á los esposos, proporcionándoles la felicidad, y haciéndoles comprender que, á pesar de todo, mientras siguieran así, cogidos de la mano, lo demás importaba poco. En tales momentos preguntábanse cómo dos seres, altivos y nobles ambos y que se adoraban, podían llegar hasta el punto de ocasionarse mutuamente padecimientos, y lo que era peor aún, ocultarlos.

Por fin, cierto día Mila entró en su casa con las mejillas sonrosadas por la emoción y los ojos brillantes. Encontró á su esposo sentado al piano, buscando una combinación armónica que se le escapaba, y le miró un instante, como si hiciera largo tiempo que no le hubiese visto bien.

La compasión se desbordó de su alma; Francisco le pareció un ser triste, atormentado y envejecido también, un hombre á quien había faltado el sentido completo de la vida, y que era casi desconocido; pero a este hombre ignorado le daría la gloria, y á este infeliz una dicha absoluta.

Villeroy, sintiendo algo de toda aquella emoción en el beso de su esposa, volvióse y la miró.

Mila le estrechó entre sus brazos con una ternura protectora, casi maternal, como la que las mujeres saben manifestar á los enfermos y á los que sufren.

— ¿Qué hay, hija mía?, preguntó Villeroy.

— Hay..., que soy feliz, y que te traigo una alegría; pero me has de prometer no atormentarte más, ni hacerme sufrir con tus quiméricos pesares y tus celos inmotivados.

— Te lo prometo. La curación ha sido lenta, pero al fin se ha logrado, ó por lo menos, lo creo así. No necesito decirte que jamás he dudado de ti; pero sufría, y érame imposible dominar mi padecimiento. Bueno es poder decirte al fin esto. ¿Cómo no me habrá sido dado abrirte nunca mi corazón? Lo ignoro. Cuando trataba de hacerlo, mis ideas se embrollaban, y las palabras no salían de mis labios.

— Ahora puedes hablarme porque te has curado, como dices muy bien; y yo también puedo confesarte mis sufrimientos y mis irritaciones, porque todo esto ha concluido. Cuando el sol sale, las brumas se desvanecen.

— ¿Pero y tu noticia, cuál es tu noticia?

— Vuelvo al teatro de la Opera para crear la *Sirena*, á menos que tú te opongas á ello.

Villeroy sintió una especie de opresión. De tal modo había desesperado de ver su ópera puesta en escena, conociendo mejor que nadie las dificultades, las lentitudes y la mala voluntad que se elevan entre una obra nueva y el público, que no había tratado apenas de hacer aceptar la *Sirena*. Y en un instante, porque los directores tenían empeño sin duda en reconquistar su gran cantatriz, habían aceptado la condición que ella les impuso, demasiado felices de obtenerla á este precio.

— ¡Oh querida mía, querida mía, exclamó Francisco, á ti deberé ésta dicha, que será así una doble felicidad!

XVII

El período que siguió fué completamente feliz. Para Villeroy como para muchos artistas, el presente borraba el pasado; Francisco sufría, ó saboreaba la felicidad con tal ardimiento, que todo lo demás se desvanecía para él; pero tampoco tenía tiempo de recordar mientras vigilaba los ensayos, haciendo trabajar á sus cantantes, ó examinaba las decoraciones. Algunas veces, cuando durante un ensayo la voz de su esposa, reposada y fresca, más extensa y más vibrante que nunca, se mezclaba con la del tenor, que

era magnífica, sentíase deliciosamente conmovido hasta el fondo del alma. En él vivía el artista dos veces, viendo como su obra tomaba cuerpo, palpitando con una voz intensa.

La noticia de aquella vuelta triunfal de Mila á la escena para cantar una obra de su esposo circuló rápidamente. Los diarios hablaron mucho de ello en los términos más lisonjeros, y aún se habló más en los salones.

Cierto día el Sr. Macready fué á ver á Mila. Con el tiempo, las relaciones del protector y de la protegida habíanse modificado poco á poco. La cantante estaba en todo el vigor de la edad, en todo el esplendor de su belleza y de su talento, y apenas quedaba algo de la joven medio salvaje descubierta por el millonario. A pesar de la sencillez de su trato, Mila, tenía un no sé qué de imponente; alta y un poco gruesa, el movimiento de la cabeza y sus ademanes comunicábanle cierto aire majestuoso y una dignidad de que ella misma no se daba cuenta, pero que todos reconocían, y el Sr. Macready más aún que los demás. Su especie de culto mal definido que antes consagraba á la cantante había cambiado de carácter, y en él había menos pasión y más respeto á medida que los años pasaban.

— Me alegro de encontrar á usted sola, dijo al entrar, porque deseo hablarle.

Mila le miró sonriendo: era tan completamente feliz y la alegría de su esposo la reanimaba de tal modo, que nada temía, pareciéndole que el porvenir se presentaba ante ellos como un hermoso camino, ancho y recto, que conducía á la gloria. El Sr. Macready no sonreía.

— ¿Será, pues, cosa seria?, preguntó la diva.

— Muy seria. En nuestra sociedad pasa algo que no comprendo y que me inquieta.

— Poco importa. Nuestra sociedad, como usted la llama, es un pueblecillo en una gran ciudad. Una nota falsa perdida en el rumor de una gran orquesta no altera la magnífica armonía.

— La nota falsa será siempre una nota falsa. He notado varias bromas primeramente, ciertas ironías después, y en fin, una mala voluntad que me extraña y me desorienta. Usted, pues, tiene enemigos, no simples descontentos, sino personas que se complacerían en verla humillada junto con su esposo, y que esperan una caída ruidosa para el compositor y para su intérprete. ¿No es así?

— Tal vez; pero no los temo. Usted sabe mejor que nadie hasta qué punto la *Sirena* es una obra magnífica, noble y poética; por lo demás, todo el mundo está entusiasmado en la Opera, y todos rivalizan en celo para contribuir á su mejor éxito. Jamás he visto tal unanimidad, y es de creer que las envidias, las rivalidades y las mezquinas pasiones, tan comunes en semejante caso, se desvanezcan ante una generosa admiración. Hasta ahora no hemos tenido ninguna dificultad. El aparato escénico es una maravilla, pues hay una mezcla muy curiosa de lo sobrenatural con lo moderno; y ya verá usted cómo el público quedará conquistado apenas se levante el telón.

— Pues precisamente esa mezcla de lo real con lo maravilloso es lo que me atemoriza. Conozco al público burlón y sarcástico de las «primeras filas», y bastaría que acogiese mal el primer cuadro de las sirenas para que nada resistiese á la risa del público.

— No me parece que esto sea de temer. La escena está hábilmente dirigida, y la magia de la música hará lo demás.

El Sr. Macready no contestó, pues no quería hacer perder su confianza á la hermosa diva; pero no estaba del todo tranquilo, y después de algunos instantes de silencio añadió:

— En cuanto á Villeroy, no debe ver más que una cosa, que es la realización de su sueño. Tal como le conozco, los detalles se le deben escapar completamente. ¡Ah! El que verdaderamente busca lo ideal no es su héroe, enamorado de una voz, sino él mismo... ¿Es feliz?..

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una especie de vacilación y hasta de inquietud.

— Absolutamente, idealmente feliz, puesto que hablamos de lo ideal; avanza siempre, lleno de vida en su fantástico sueño.

El Sr. Macready fijó una mirada en Mila.

— ¿Por cuánto tiempo?, preguntó. Será hasta su próximo acceso de celos...

— Está curado; era una enfermedad.

— Sí, una enfermedad incurable, sépalo usted. Siempre hay recaídas.

Mila miró al Sr. Macready fijamente. Hacía largo tiempo deseaba una explicación con su gran amigo acerca de este punto; pero jamás osó abordarla, y por otra parte, las minucias de la vida se habían interpuesto siempre para alejar una preocupación que no parecía tener ya razón de ser.

- Sr. Macready, dijo, ¿quiere usted bien á mi esposo?

- Creo que es la única amistad verdadera que he conocido hasta aquí, exceptuando el afecto que me inspira la princesa Pignacci. Para usted ha sido otra cosa diferente de la amistad ó del afecto, pues unas veces la he aborrecido casi, y otras la he adorado. Bien puedo decirlo ahora que soy viejo: acabo de cumplir sesenta años.

- Pues si quiere usted á Francisco, repuso Mila, ¿por qué cuando le escribía á usted largamente, y desesperado, no le dijo usted nunca nada?

- Hija mía, contestó el Sr. Macready con una de sus sonrisas enigmáticas, un amigo, por fiel que sea, no debe mezclarse en las cuestiones de dos enamorados, sobre todo cuando éstos son esposos. Y por otra parte, tal vez en aquel momento no estaba yo tan completamente curado, como me lisonjeo de estarlo ahora, de una pasión absurda. Los padecimientos de Villeroy, recordándome los míos, constituían un asunto de estudio muy hermoso. Francisco no sabía ocultar nada, y yo examinaba su corazón con cierta voluptuosidad, aunque compadeciéndole sinceramente. En estos últimos meses le he cobrado más afecto que nunca, porque hay en su naturaleza una especie de candidez que me encanta, á mí, que jamás fui cándido. Además de esto, su música religiosa me agradaba mucho. Sus pesares de hombre han sido útiles á su talento de compositor; pensaba en él sin cesar, y separábame de él lo menos posible.

- Usted, y alguna otra persona, dijo Mila aturdidamente.

- He aquí una cosa en que se revela usted como verdadera mujer, y muy inferior. Usted no ha comprendido nunca cuánto hay de elevado y de noble en Nina Pignacci; su dedo meñique vale más que toda la adorable persona de usted. Ha compadecido á Villeroy, y su única idea fué devolverle su esposa para ver á ustedes felices de nuevo.

- No es cierto que desde que se ha restablecido la paz en el hogar doméstico la ve usted poco por aquí? La princesa tiene mucho de hermana de la caridad y de santa, por más protestante que sea. El dolor hace á veces semejantes milagros.

- Tiene usted razón; estoy en un error, pero yo también he padecido, y el sufrimiento induce á ser injusto cuando no toca en el corazón de una santa.

Después de reflexionar un instante, Mila volvió á mirar al Sr. Macready sonriendo.

- De nosotros dos, dijo, ¿es ahora á mi esposo á quien usted quiere realmente?

- Así lo creo, aunque sin estar bien seguro de ello. Cuando pienso demasiado en usted, me siento dominado por mi inquieta y ridícula pasión, y entonces trato de olvidarla. Me veo ya, en un porvenir muy próximo, viejo, desgraciado y hombre inútil de quien nadie hará caso. ¿Se acordará usted entonces un poco de mí, amiguita mía, tesoro que yo descubrí para dársele al mundo?

Bajo la especie de ironía que le era habitual, reconocióse en aquellas palabras una angustiada desesperación, la del hombre que, llegado al último término de su vida, se ve solo y abandonado. Mila, conmovida de pronto y dominada por súbita ternura, besó en la frente al hombre á quien todo lo debía.

- Le amo á usted sinceramente, dijo, sin todas esas inquietudes, sin todos esos caprichos cuyo secreto usted conoce, y seré siempre para usted una hija tierna y fiel.

- Gracias, amiguita mía. Tal vez no merezca este afecto; pero le aceptaré, agradeciéndoselo á usted mucho.

No era el Sr. Macready el único en notar el mal espíritu que se propagaba cada vez más, manifestándose en todas las conversaciones del gran mundo, y que hasta llegó á tomar forma en un momento dado en varios sueltos muy breves publicados en los dia-

rios. Roberto Harcourt vigilaba, habiéndose impuesto como un deber dispensar protección á su prima apenas la necesitase. Tal vez no estaba lejos la hora; pero no es posible batirse contra el viento; y una palabra, una insinuación que corre de boca en boca y se encuentra de pronto en el suelto de un diario, es cosa anónima que no puede servir. Roberto creía ver en Wilbur Nevin el enemigo oculto que dirigía la sorda guerra contra los Villeroy; pero la sospecha parecía poco fundada. Nevin se presentaba muy rara vez en la sociedad que tanto había frecuentado algunos años antes, pues ya no le era necesaria. Algunos triunfos en el Campo de Marte - pues había optado por los pintores atrevidos que desertaban del Salón

desde el cuarto del director al de su esposa; espiaba la platea, que comenzaba á llenarse, y hacía sus últimas indicaciones á los artistas. Estaba muy pálido, y Mila le seguía inquieta con los ojos; le creía curado; mas ahora dudaba de su restablecimiento.

Apenas se levantó el telón, notóse ya algo frío y hostil. La sinfonía, en la cual se contaban algunos trozos musicales verdaderamente deliriosos, no fué aplaudida más que por la *claque*; pero debe advertirse que, según su loable costumbre, el público de las «primeras filas» no llegaba hasta aquel momento; hubo el ruido de los que acudían tarde y buscaban sus asientos y enérgicos gritos de «¡silencio!» de los primeros que llegaron; así es que se escuchaba poco y mal. Los directores habían contado mucho con el efecto que produciría la primera decoración, verdadera maravilla, con sus fantásticas ocupadas por el coro de las sirenas, la luz de la luna reflejándose en las tranquilas aguas, y las nubes ligeras que pasaban, proyectando su sombra suave en el mar y en las rocas. Las voces del coro se elevaron, dulces, misteriosas é infinitamente poéticas.

Un ligero murmullo circuló en la platea, algo como una risa ahogada, y una frase, «¡já la barca, á la barca!» proferida por alguno que no se supo nunca quién fué, determinó una explosión de hilaridad, reprimida al pronto por la indignación de las personas formales, pero que se reprodujo con más fuerza é irrisiblemente. Se necesitó tiempo para restablecer la calma; el coro interrumpido continuó entonces, pero con cierta vacilación, no produciendo ningún efecto. Solamente cuando Mila cantó la notable aria, sonora y magnífica, de su entrada en escena, los burlones guardaron silencio, porque en este punto ninguna mezquina broma podía alcanzar á la hermosa diva, tan valerosa ante la tormenta, que imponía respeto. Entonces los aplausos estallaron, entusiastas y unánimes, como para indicar bien que la mala voluntad era contra el compositor y no



Allí pasaron dos horas felices (pág. 253)

de los Campos Elíseos - bastaron para que se le recibiese en muchas casas francesas; así es que conocía á muchos artistas de nota, y no pocos literatos, sobre todo periodistas. A toda aquella gente le parecía que el «pequeño americano» hombre feroz de finos modales, era verdaderamente encantador, y Nevin se utilizaba de sus nuevos amigos que quien no hace nada; de modo que su reputación iba en aumento. Aquel caballerito era muy hábil.

Roberto, que conocía poco á los nuevos amigos de Nevin, fué á su casa. Oficialmente hallábanse en buena inteligencia, y además el pintor hacía entonces el retrato de la señorita Mathews. La hermana mayor se había casado; las dos jóvenes, acostumbradas á vivir siempre juntas, desesperábanse porque no podían verse ya, y la madre había mandado hacer aquel retrato, considerándole como el mejor regalo para la recién casada. Hacía algún tiempo que Roberto Harcourt manifestaba más simpatía á la señorita Mathews, cuya silenciosa abnegación no dejaba de conmovérle un poco, y era por lo tanto muy natural que siguiese los progresos del retrato que le interesaba. Cada tres ó cuatro días pasaba una hora en casa del pintor, pero por más que observase no veía nada que le infundiese sospechas. Cuando por casualidad se pronunciaba el nombre de Mila, Nevin se limitaba á decir alguna palabra de respetuosa admiración, dejando después el asunto para hablar de otra cosa. Era imposible proceder más correctamente.

En cuanto á Mila, estaba demasiado absorbida en su trabajo, y también demasiado inquieta por la salud de su esposo, para pensar en otra cosa. Villeroy volvía á toser de nuevo, y no quería cuidarse. Así llegó al fin la hora esperada hacía tanto tiempo.

El ensayo general, casi á puerta cerrada, fué muy bien. En la noche del «estreno» todos los artistas consideraban el éxito seguro. Villeroy, agitado á pesar de todo, no podía estar quieto en ninguna parte; iba

contra su esposa. El primer acto terminó con estas peripecias, pero todo lo que en el ensayo había producido efecto resultaba ahora nulo. Apenas cualquier detalle podía servir de pretexto á las chanzas pesadas, oíase aquel mismo murmullo de risas comprimidas, que helaba á los intérpretes. Nada resiste á la burla en Francia.

Villeroy ponía buena cara, sin aceptar ningún pésame, ni temer nada, pues en su concepto, el fin de la ópera obtendría todos los sufragios; mas el fuego sombrío de sus ojos, y sobre todo su palidez, desmentían aquella hermosa calma.

En el segundo acto, Mila no debía presentarse hasta la tercera escena. Todo aquel principio, en el que Villeroy tenía la mayor confianza, era de una extramada armonía musical, aunque algo bárbara, con extrañas sonoridades que asombraban hasta á los oídos acostumbrados más ó menos á la música de Wagner. El público escuchó al principio con fría malevolencia, aunque tolerante; pero de improviso, cosa del todo anormal en aquella platea frecuentada por personas de buena educación, oyóse resonar un silbido agudo, cruel y como triunfante. A esto se siguió un tumulto espantoso; los gritos de «¡fuera, fuera!» fueron contestados por otros silbidos que llegaban de las galerías altas, de la orquesta y de todas partes, con una regularidad que seguramente demostraba el más admirable acuerdo premeditado.

Fué necesario bajar el telón, y cuando al fin se levantó de nuevo, después de expulsar á los perturbadores y de haberse restablecido la calma, la hermosa obra de Villeroy, destinada á ser aplaudida más tarde en todos los grandes teatros del mundo, terminó en medio de la indiferencia general. Como todos convenían en decir que era un *fiasco*, se juzgó inútil escucharla en serio; muchas hermosas damas abandonaron sus palcos antes de concluir la representación; la de Milner, adornada con sus múltiples diamantes,

dió el ejemplo, y éste fué seguido al punto por la mayor parte de los concurrentes á los palcos.

Sin embargo, á pesar de la cábala — porque esta vez era indudable que existía, — cuando Mila, muy valerosa y audaz, cantó lo mejor posible el soberbio dúo final, electrizando al tenor con su ejemplo, no hubo ninguna mala voluntad capaz de resistir. Aquella música sobrenatural, que conmovió á los corazones, llamando las lágrimas á los ojos, triunfó de todo. Los espectadores que quisieron permanecer hasta el final, dejáronse llevar de su entusiasmo; los aplausos amenazaban ser interminables, y los dos artistas fueron llamados repetidas veces á la escena.

Todo esto no impidió que la representación fuese un desastre. El compositor demostró también mucha serenidad; pero cuando estuvo solo con su esposa, le dijo:

— Has estado sublime por tu valor y tu talento, y eres mi Sirena soñada y adorada; pero todo ha concluido; ese silbido me ha matado.

Al día siguiente, los periódicos anunciaban que el músico Villeroy, afectado por su ruidosa derrota en la ópera, había sufrido durante la noche una nueva hemorragia, y que su estado, si no desesperado, era muy grave.

Inmediatamente después del lamentable estreno de la *Sirena*, apareció una caricatura titulada *la Mujer Pez*. En aquel momento, *el Hombre Pez* divertía mucho á los budoques en el teatro *Folies Bergeres*, y la caricatura recordaba su buen éxito. Era un retrato, apenas modificado, de Mila, cuyo cuerpo terminaba en cola de pez; y el dibujo, muy notable, parecía hecho con mucho más esmero del que se observa comúnmente en esta especie de caricaturas. En el mismo número del periódico que la publicaba había un artículo indigno, titulado *Músico de las profundidades*; artículo en que se empleaban todos los chistes que el asunto podía admitir para poner más en ridículo al desgraciado Villeroy. A través de las frases, pérfidamente embozadas, el autor recordaba los triunfos de la mujer y las extravagancias del marido, llegando hasta el límite de las cosas toleradas por la autoridad, aunque sin traspasarle. De aquel número se vendieron miles de ejemplares.

El gran retrato de Mila, colocado sobre el caballete, constituía el principal adorno del taller donde Nevin trabajaba tranquilamente. La señorita Mathews, acompañada de su madre, asistía á la última sesión necesaria para terminar su retrato; habíanse reunido allí además varios amigos, figurando entre ellos la princesa Pignacci y Roberto Harcourt. Naturalmente, se hablaba de la *Sirena* y de su intérprete, y la señorita Mathews defendía calurosamente la obra; la princesa pronunció pocas palabras, pero veíase que estaba conmovida. Roberto, un poco nervioso, iba y venía por el taller, miraba los bocetos que colgaban de las paredes, y revisaba los álbums de dibujos, sin dejar de mezclarse en la conversación. Le habían pedido desde luego noticias, pues nadie había visto á Mila, y contestó que ésta no quería separarse de la cabecera del lecho de su esposo, ni permitía que nadie la sustituyese, ni aun su tía; pero Villeroy estaba al parecer un poco mejor.

— Felizmente, dijo la señorita Mathews, ni uno ni otro habrá visto el número de las *Muecas*. ¡Qué ignominia!

— En efecto, dijo Nevin suspirando, una verdadera ignominia.

— Por lo demás, añadió Roberto Harcourt, cuyos nervios se habían calmado al parecer de pronto y que examinaba con atención el retrato de la señorita Mathews; por lo demás, la campaña dirigida contra el Sr. Villeroy y su esposa no data de la noche de la representación, pues hace ya meses que se fragua de la manera más completa. Por lo pronto comenzó por las palabras agrídulces; después siguióse la malevolencia en los salones, y por último deslizaronse algunas líneas pérfidas entre dos noticias de teatros. Esto parece que no es nada; pero sirve para preparar el terreno. Cada cual lee su diario distraídamente por la mañana, tomando el café; pero lo que siempre queda en su memoria es sobre todo la insinuación desagradable; y uno se dice: «Parece que no es nada buena la obra de Fulano, el libro de Zutano, la ópera de Mengano.» Y se abre el libro ó se va al teatro con el presentimiento de una cosa inevitable. Con frecuencia no se rehuye presenciar la derrota de otro, aunque este otro no sea un rival, porque con ello se interrumpe la monotonía de la existencia. Esta vez la derrota se ha maquinado ó preparado como una decoración de efecto.

— ¡Oh!, observó Nevin con dulzura, estudiando su modelo con los ojos medio cerrados, cuando una obra no obtiene buen éxito se dice siempre que hay cábala.

— Y de las cien veces, las noventa y nueve se en-

gaña uno; pero en la centésima se acierta, y de esta hablo yo. En la noche de la primera representación, yo me hallaba precisamente junto al hombre que silbó; su aspecto me había infundido ya algunas sospechas, y su traje parecía haber pertenecido á otros. Ya sabe usted que se alquilan trajes, como se alquilan cuadros de grandes maestros para una noche de reunión. Yo ofrecí dinero á ese hombre, y á fe mía que no opuso dificultades para confesarme la verdad. Lo mismo él que su traje eran alquilados.

— ¡Si cree usted en un hombre que acepta su dinero, y que adivina lo que usted quiere que le diga!

Nevin sonreía; pero estaba un poco pálido.

— Tiene usted razón, Sr. Nevin, repuso Roberto, y por eso no he querido atenerme á esta primera averiguación. Tengo algunos amigos en la prensa; éstos han hecho hablar á personas á quienes yo no podía dirigirme, y al fin sé á qué atenerme. Por último, cuando vi el dibujo que representa á mi prima, dibujo que, entre paréntesis, está perfectamente hecho, recordé haber visto salir de la redacción de aquel respetable periódico un pintor que tiene mucho talento, y que sin duda usted conoce. ¿Quiere usted que le nombre?

Roberto Harcourt, levantándose en aquel instante sin afectación, se dirigió hacia el retrato de Mila, y al pasar por delante de una mesa, cogió un raspador. Todo el mundo le miraba, y aunque el joven parecía estar muy sereno y se mostraba cortés, con los labios entreabiertos por una vaga sonrisa, sus ojos brillaban de cólera. El pintor estaba lívido.

— Explíquese usted, Sr. Harcourt, dijo con su dulce voz; tengo la inteligencia muy obtusa, y no comprendo los enigmas. Sin embargo, creo entrever que usted me acusa de haber contribuido por algo al desastre de la *Sirena*. Esto es una abominable calumnia.

— La calumnia no es mi arma, caballero, y si la de usted. Yo buscaba una prueba de su infamia, y al fin la he hallado. Debería usted guardar sus dibujos más cuidadosamente.

Al decir esto, Roberto desarrolló una hoja de papel que tenía en la mano, y mostró un croquis de la mujer pez. No era posible engañarse, tanto más cuanto que al enseñar el dibujo señalaba el retrato grande que estaba en el caballete: los dos eran evidentemente del mismo autor.

— No creía yo tener que habérmelas con un ladrón..., dijo Nevin con voz chillona.

— La palabra es dura, repuso Roberto; diga usted más bien con un indiscreto. No tengo la menor intención de llevarme la obra maestra de usted; mas como no quiero que el enemigo de mi prima posea su retrato, me arrogo al derecho de inutilizar éste, que por lo demás no me agradó nunca.

Y antes de que se pudiese comprender bien lo que intentaba hacer, el joven americano destruyó el hermoso retrato de Mila con una rapidez prodigiosa. El raspador, de hoja flexible y fina, funcionó tan bien, que en un abrir y cerrar de ojos no quedó del lienzo más que un pingajo informe.

Profiriendo un grito de rabia, semejante al rugido de una fiera, Nevin se precipitó sobre su adversario; pero Harcourt, limitóse á coger al pintor por ambas muñecas y mantenerle á cierta distancia. Los músculos de acero del antiguo *cow-boy* sirviéronle perfectamente.

Toda la escena pasó con tal rapidez, que las mujeres, asustadas, apenas profirieron un grito. Roberto se volvió hacia ellas.

— Ruego á ustedes que me dispensen, dijo. Yo hubiera querido evitar que presenciasen tan penosa escena; pero necesitaba de todo punto testigos. No convenía que el Sr. Nevin continuara siendo un calumniador. Deseaba vengarse de una pasión contrariada, y lo ha hecho según su carácter, que nada tiene de honrado. En cuanto á mí, habíame empeñado en proteger contra futuros ataques á mi prima...

— ¡Diga usted á su amante!..

— Ya esperaba que dijera eso; pero usted sabe muy bien que miente. Mi prima no amó nunca más que á su esposo, y le ama con todas sus fuerzas. Usted estaba más seguro de zaherirla atacando la reputación de su marido. Por lo que á mí hace, no dudo que la señorita Mathews, que espero será muy pronto mi esposa, se dignará darme su mano delante de todos para probar bien que tiene fe en mi palabra. ¿No es verdad, querida Matilde?

La joven se acercó con mucha desenvoltura á su prometido, y Roberto besó la mano que así se entregaba, después de haberse desembarazado de su adversario, que se dejó caer en un sillón, pálido de furor é impotente. La princesa Pignacci, por su parte, felicitó al defensor de Mila, y entonces Roberto, siempre digno, se volvió hacia Nevin.

— Caballero, díjole, usted es el ofendido, quiero

reconocerlo así, y por lo tanto le corresponde la elección de armas. Sólo falta que nombre usted sus testigos para que se entiendan con los míos.

— ¡Le mataré á usted!, gritó Nevin. Elijo la pistola...

— Porque es usted buen tirador; yo también me tengo por tal; pero no soy tan sanguinario como usted, y me desconsolaría privar á la sociedad de uno de sus más bellos adornos.

El encuentro se verificó al día siguiente. Los adversarios debían disparar dos veces á su voluntad.

Roberto Harcourt, admirable por su serenidad, sufrió el fuego de Nevin sin contestar: la primera bala se perdió; la segunda desgarró la epidermis de su oreja izquierda. En efecto, Nevin tiraba bien.

Entonces fué cuando Roberto apuntó. En toda su actitud y en sus ojos había tal intensidad de expresión, que el pintor le miraba como hipnotizado, mientras dejaba caer su pistola. En aquel instante Roberto sonrió; y con exquisito cuidado apuntó é hizo fuego. El artista profirió un grito de dolor y de rabia; su brazo derecho estaba pendiente de una manera lastimosa, con la mano desgarrada, destrozada de tal modo, que sin duda aquella mano, tan prodigiosamente hábil, no podría manejar en lo futuro un pincel ó un lápiz. El dibujo que había ejecutado para las *Muecas* debía ser el último.

XVIII

Con sorpresa de todos, los diarios anunciaron la segunda representación de la *Sirena*. Circulaba el rumor de que á consecuencia del fracaso de la primera, que había sido tan desastroso, el compositor retiraba su obra; y su enfermedad, por lo demás, confirmaba esta versión.

La opinión pública cambió al punto, pues se sospechó el verdadero motivo que había dado lugar al duelo de los dos americanos. Al público le divierte mucho una malignidad, y hasta una villanía, cuando es anónima; pero no sucede así si el autor de aquella es conocido. El sentido moral, que dormitaba, despiértase de pronto, y la sociedad se indigna generosamente. Los mismos diarios que habían atacado á Villeroy más cruelmente, publicaban ahora el parte diario sobre el estado de su salud; no se desesperaba de salvarle, pues del violento ataque que sufrió, tan sólo quedaba una extremada debilidad, y apenas sufría ahora. Los médicos habían dado su permiso para que recibiese algunas visitas; y Mila quería proporcionar á su querido enfermo la alegría de un desquite. Del público dependía que fuera muy cumplido, digno de aquella obra, que si bien extraña, era noble y magnífica, y digno sobre todo de su gloriosa intérprete.

Durante los largos días silenciosos que había pasado junto al lecho de su marido, Mila no se hacía ya ilusiones. La primera vez, al ver que Francisco recobraba fuerzas y que volvía á estar, si no animoso, por lo menos casi restablecido, pudo creer que su mal había sido un accidente pasajero y no una enfermedad orgánica; mas ahora no era lo mismo. Su médico, verdadero amigo, acosado por las repetidas preguntas, confesó á la diva que Villeroy, aunque apenas tenía cuarenta años, estaba minado como un viejo: las privaciones de su primera juventud, la pasión con que se entregaba al trabajo y la intensidad de la vida en él, habían adelantado la obra destructora.

Y Mila permanecía serena, casi risueña, junto á su esposo, que experimentaba la necesidad de oírle cantar, de vivir sus últimos días en medio de la música, mecido por una armonía que en su alma llegaba á ser una oración perpetua, pues tampoco él se hacía ilusiones. La vida le abandonaba muy suavemente, como se alejan las pequeñas olas de la marea en pleno verano. El sentimiento místico se desarrollaba en él, invadiendo todo su ser; con mucha sencillez volvía á sus creencias de la juventud, jamás olvidadas del todo; así es que el autor de la «música profana,» según la frase de la señora Fletcher, moría como cristiano y católico. Ahora le extrañaba haber sufrido tanto por el mal éxito de su obra, pues todo esto le parecía ya muy poca cosa.

Sin embargo, cuando su esposa le habló, con mil precauciones, de la segunda representación de la *Sirena*, un rayo de alegría brilló en los ojos del enfermo. Entonces Mila no vaciló ya; quería darle la mayor prueba de amor que le era posible; con el corazón contristado, se presentaría de nuevo en escena, cantar lo mejor que le fuera posible, y su pesar de mujer comunicaría más pasión y ternura aún á su angustioso papel.

Llegado el día, Mila se preguntó si no habría confiado demasiado en sus fuerzas, pues Francisco estaba peor, porque la preocupación y la sobreexcitación

nerviosa minaban lo que le quedaba de vida. Sin embargo, manifestábase en él una alegría de niño al pensar en aquel desquite; jamás dudó del éxito final, y la idea de que debería el triunfo en gran parte á Mila era para él ahora infinitamente dulce. Durante aquellos largos días de enfermedad había vivido por ella, tomando las pocas fuerzas que le quedaban del valor de su esposa y calentándose el corazón en su profundo amor.

Durante la noche, la tía Deborah sustituiría á su sobrina, ayudada por el Sr. Macready; mientras Roberto Harcourt serviría de correo entre la casa y el teatro de la Opera para traer y llevar noticias.

La platea estaba llena de bote en bote, como si de hecho no se hubiese dado diez días antes la deplorable representación. Todo cuanto entonces había chocado ó excitado la risa, parecía ahora poético y encantador; y á las primeras notas emitidas por Mila seguía un silencio casi religioso. Se pensaba en el lecho de muerte de que acababa de separarse para representar de nuevo el papel que para ella había escrito aquel que ahora estaba moribundo; y creíase oír el eco de sus sollozos de mujer en la dulce y misteriosa música. Después, cuando la magia de aquella obra tan original, pero curiosamente humana y penetrante, produjo todo su efecto, la victoria definitiva se declaró. Mila lo sabía bien, y conocía demasiado á su público para confundir la compasión ó la simpatía que personalmente inspiraba con el verdadero entusiasmo por la obra.

A medida que la noche avanzaba, los partes que Roberto Harcourt llevaba á la casa eran más triunfantes; y Villeroy sonreía, poseído de la fiebre del compositor. Sin embargo, impacientábase no ver aún á su esposa, y miraba el reloj, cuyas agujas no corrían con tanta rapidez como él quería. Esto era causa de que la tía Deborah reprendiese al enfermo, aunque ella también estuviese inquieta.

Por fin se abrió la puerta dejando pasar á la triunfante diva, acompañada de su primo. Lo primero que hizo fué arrodillarse junto á su lecho, mientras rodeaba con sus brazos al enfermo, fijos los ojos en los de su esposo. Apenas podía hablar, pues la primera mi-



Muy pronto se amodorró y Mila permaneció inmóvil á su lado

rada le reveló que el fin estaba próximo; pero su mirada lo decía todo, su adoración, su lástima y su espanto. Villeroy fué quien murmuró:

- Ya lo sé, ya lo sé; abrázame, esposa mía, bien mío, mi todo...

Muy pronto se amodorró y Mila permaneció inmóvil á su lado; pero después despertóse súbitamente y dijo, como lo hacía á menudo desde su enfermedad:

- ¡Canta, vida mía, canta! ¡Me hace tanto bien tu voz!

Mila reprimió los sollozos que se apoderaban de ella, y con mucha dulzura comenzó á cantar la primera estrofa de su papel. Villeroy escuchó, y después, palpando para coger su mano, murmuró:

- No, ya sabes que la primera vez que te oí cantabas mi *Odelette*; yo quisiera oirla una vez más, y después...

Mila dirigió una mirada de angustia al Sr. Macready, que la sostenía y animaba. ¿Tendría fuerza para llegar hasta el fin? Su voz tembló un poco, pero después se aseguró.

Mientras dura este mes hermoso, vámonos, amiga mía, á tendernos sobre la hierba. No dejemos perder el tiempo en vano. La edad que se desliza sin detenerse huye lo mismo que la primavera. Por esto, mientras nos convidan nuestra vida y el tiempo de amarnos, amémosnos, deemos satisfacción á nuestros deseos, conságrémonos al amor, que no tardará...

A pesar de todo su valor, Mila no pudo llegar hasta el fin, y Villeroy fué quien, con una voz que no era más que un suspiro, murmuró las últimas frases: *... que no tardará la muerte, próxima á interrumpir nuestros blaceres.*

Después un suspiro, una ligera sonrisa en los labios, y Villeroy quedó entregado al sueño eterno.

Algunos años después, se anunció la centésima representación de la *Sirena* en el gran teatro de la Opera. Aquella vez los diarios recordaron las peripecias ocurridas en la primera, y la muerte prematura del autor. Apenas se podía comprender el desagrado de aquel público, ni menos sus protestas

contra una obra que después había triunfado en todo el mundo. La *Sirena* se había cubierto de gloria, y no contribuía por poco á ello el maravilloso talento de su principal intérprete. Mila había cantado su papel en ambos mundos; pero aun interpretada por otra cantante, la *Sirena* triunfaba.

Después de aquella centésima representación, el Sr. Macready, siempre el mismo, correcto y apenas envejecido, fué á felicitar á Mila en su palco.

- Debe ser para usted una alegría profunda, díjole, hacer aclamar así el genio de su esposo.

Mila le miró, y en sus ojos, que se velaron de lágrimas, el americano pudo reconocer el sentimiento y el dolor, tan angustiosos como el primer día.

- Sí, contestó lentamente; pero el triunfo ha llegado demasiado tarde.

TRADUCCIÓN DE E. I. VERNEUIL

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

PAPEL WLINS

Sobérano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exíjase en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL D^r DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, éste no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.

Quando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

CARRERAS-CAZA

EMBROCACION MÈRE de Chantilly

INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS

FOLLETO FRANCO MÈRE FARM-ORLEANS

CYCLES IMPERATOR

DUGOUR Y C.^{as} constructores al por mayor

81, Faubourg, Saint-Denis, Paris

Velocipedos de precisión, modelo 1896

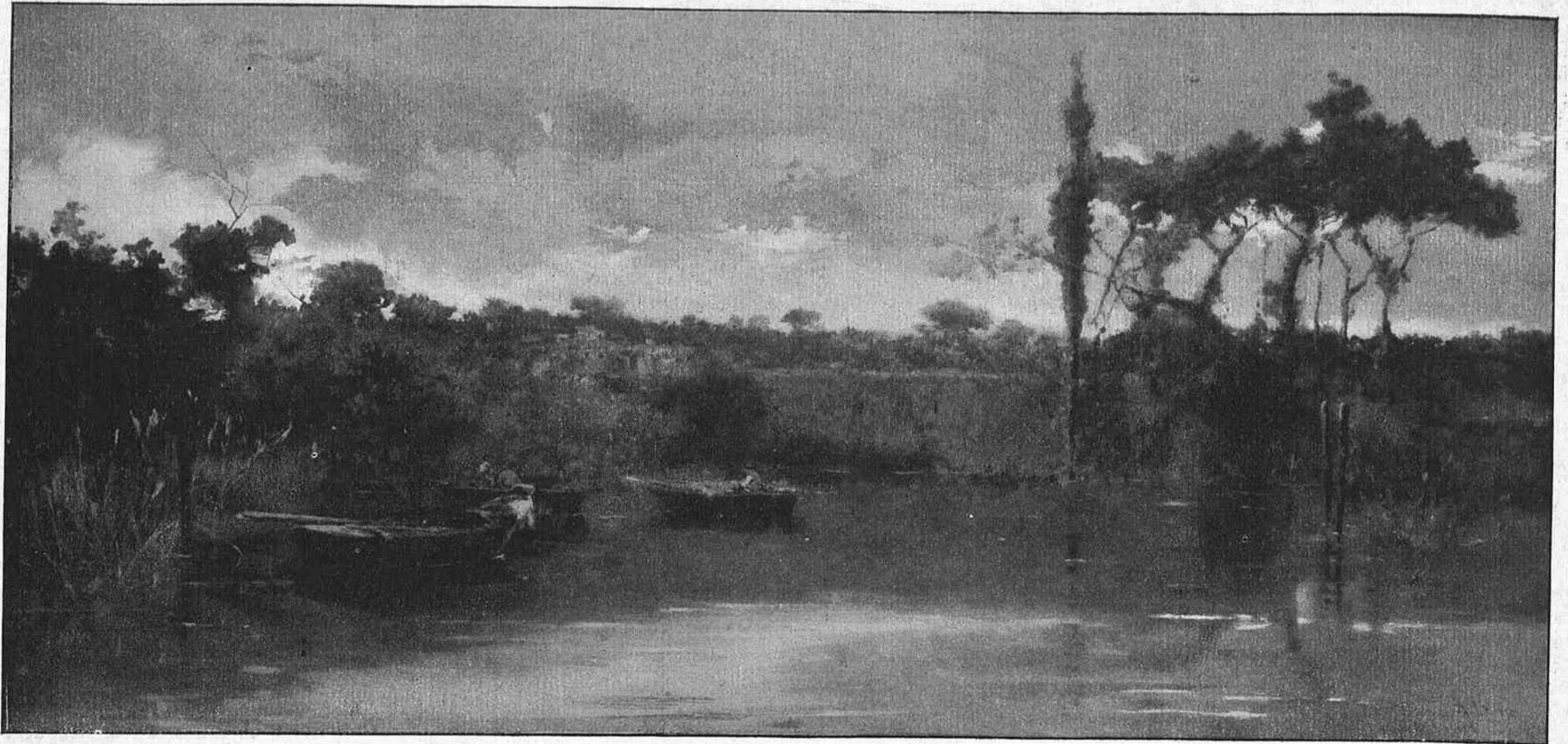
Soberbios neumáticos. Fr. 150

Catálogo ilustr. gratis. - Exportación

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.



LAGO DE PIEDILUCO, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PALLVORE. DUSSEY, 1. rue J.-J.-Rousseau, Paris.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los SEÑS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Díez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRE y Cia, Nos. 102, R. Richelieu, Paris.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
G GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^{nto}-Vito, insomnias, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & Cia, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagracion del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invencion. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababolos, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRÍOS y todas las INFLAMACIONES del PECO y de los INTESTINOS.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN